

JUAN JOSE
LOPEZ IBOR

REBELDES

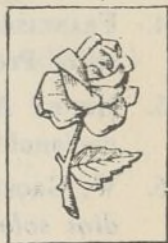
libros de bolsillo RIALP

Ayuntamiento de Madrid

Juan José Lopez Ibor

52

R E B E L D E S



LIBROS DE BOLSILLO RIALP

Colección dirigida por AMALIO GARCIA-ARIAS

1. VICENTE MARRERO: *El Cristo de Unamuno.*
2. LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS: *Don Quijote y La Vida es Sueño.*
3. VINTILA HORIA: *La rebeldía de los escritores soviéticos.*
4. FEDERICO SOPEÑA: *Introducción a Mahler. Maestro y precursor de la música actual.*
5. FRANCISCO ANSÓN y FERNANDO DE LIÑÁN: *Teoría y técnica de la administración.* Prólogo de JOSÉ A. ESCALANTE.
6. WILLMOORE KENDALL, WŁODZIMIERZ BACZKOWSKI, KARL A. WITTFOGEL y otros: *El oso y el dragón. Las relaciones entre Rusia y China.*
7. JORGE USCATESCU: *Hombres y realidades de nuestro tiempo.* Prólogo de VINTILA HORIA.
8. ANTONIO FONTÁN: *Los católicos en la Universidad española actual.*
9. ROBERTO SAUMELLS: *Fundamentos de Matemática y de Física.* (Segunda edición.)
10. VICENTE MARRERO: *Ortega, filósofo «mondain».*
11. RAFAEL GAMBRA: *Historia sencilla de la Filosofía.* (Tercera edición.)
12. JOSEPH HÖFFNER: *Matrimonio y familia.*
13. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *La tarea profunda de educar.* (Segunda edición.)
14. FRANCISCO BERMEOSOLO: *El origen del periodismo amarillo.* Prólogo de PEDRO GÓMEZ APARICIO.
15. HENRY A. KISSINGER: *Armas nucleares y política internacional.* Prefacio de GORDON DEAN.
16. W. GROSSOUW, A. DE WAELEHENS y E. DE GREEFF: *Estudios sobre la angustia.*

17. JUAN ROGER: *Figuras de la literatura francesa contemporánea.*
18. WILLMOORE KENDALL, JOHN COURTNEY MURRAY, JAMES BURNHAM, KARL A. WITTFOGEL y GERHART NIEMEYER: *El Occidente ante el comunismo.*
19. JOSEPH HÖFFNER: *Problemas éticos de la época industrial.*
20. AMINTORE FANFANI: *Economía.* (Segunda edición.)
21. ALVARO D'ORS: *Una introducción al estudio del derecho.*
22. CHARLES DE KONINCK: *El Universo vacío.*
23. JUAN BAUTISTA TORELLÓ: *Psicoanálisis y confesión.*
24. FLORENTINO PÉREZ-EMBIID: *Paisajes de la tierra y del alma.*
25. RAFAEL BENÍTEZ CLAROS: *Visión de la literatura española.*
26. JOSÉ MARÍA PEMÁN: *De Madrid a Oviedo, pasando por las Azores.*
27. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1963. De «Azorín» a Zubiri.*
28. CLAUDE POPELIN: *Los toros desde la barrera.*
29. C. F. VON WEIZSÄCKER, J. JUILFS: *La Física actual.*
30. CÉSAR ORTIZ-ECHAGÜE: *La arquitectura española actual.*
31. BOHDAN CHUDOBA: *Los tiempos antiguos y la venida de Cristo.*
32. EMILIO OROZCO DÍAZ: *El barroquismo de Velázquez.*
33. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1964. De Unamuno a D'Ors.*
34. D. J. B. HAWKINS: *Problemas cruciales de la filosofía moderna.*
35. JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR: *Rebeldes.* (Segunda edición.)

JUAN JOSE LOPEZ IBOR

REBELDES

SEGUNDA EDICION

EDICIONES RIALP, S. A.

MADRID - MEXICO - BUENOS AIRES - PAMPLONA

© 1966 by EDICIONES RIALP, S. A.-Pecados, 44-MADRID

Primera edición: diciembre 1965

Segunda edición: marzo 1966

Depósito legal: M. 3891.-1966 Núm. de registro: 7.038-65

SELECCIONES GRÁFICAS, Av. Dr. Federico Rubio, 184. Madrid

PROLOGO SOBRE LA FORMA
Y EL ESTILO

**A Juan José, José Miguel, Fran-
cisco, Javier y Alfonso, jóvenes
universitarios.**

Crece un árbol, maduran sus frutos, se
caen y se espesan al viento. En otro lugar de
la tierra la semilla halla cobijo y cae a cre-
cer. ¿Por qué uno árbol? ¿Qué tiene este árbol
del primero? La sustancia es distinta. Es otro
su material. ¿Qué le ha quedado, pues? Sólo
la forma, que ha sido más vital que el resto.
Otro tanto ocurre con un animal. Y con el
hombre.

Por eso muestra que la forma llega a tanto
distribución mental como impone el desprecio
de la forma. O a la afirmación de su acciden-
talidad, que es lo mismo. Ser indiferente ante

ORDENANZA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

1877

A Juan José José Miguel, Promotor, Juntas y Juntas, Juntas, Juntas, Juntas.

1877

PROLOGO SOBRE LA FORMA Y EL ESTILO

Crece un árbol, maduran sus frutos, su semilla se esparce al viento. En otro lugar de la tierra la semilla halla cobijo y vuelve a crecer. Aparece otro árbol. ¿Qué tiene este árbol del primero? La sustancia es distinta. Es otra su materia. ¿Qué le ha quedado, pues? Sólo la forma, que ha sido más vital que el resto. Otro tanto ocurre con un animal. Y con el hombre.

Parece mentira que se haya llegado a tanta disolución mental como supone el desprecio de la forma. O a la afirmación de su accidentalidad, que es lo mismo. Ser indiferente ante

la forma es lo mismo que estar dotado de un escepticismo total e inactivo, pues todo en el mundo de la naturaleza y de las instituciones posee su forma.

Apenas quedan ya entre nosotros—entre los de buena fe—escépticos de la forma. Tampoco deben quedar escépticos del estilo. Pues, ¿qué es el estilo sino una forma de vida? Existe entre la forma y estilo por una parte, y el fondo o sustancia por otra, la misma relación que en lo religioso existe entre la creencia y la aceptación de una doctrina. Por motivos racionales, por un largo proceso deductivo, se puede llegar a la conclusión de que una doctrina es cierta. Se puede lograr alcanzar esta gran verdad: España tiene historia grande en cuanto es depositaria de un modo católico de vida. No se puede comprender nuestra literatura, nuestra cultura sino desde este punto de vista.

Pero esto no quiere decir que quien tal piense posea ya la fe y entre en la comunidad de los fieles. Es algo más, no puramente racional o deductivo. Cuando nos referimos a cuestiones de estilo, a esto es precisamente a lo que queremos aludir; a esto y a algo más, ina-

prehensible, inasequible, pero que existe con increíble vigor.

El mundo moderno se ha hecho con la ciencia y con la técnica. ¿Acaso ésta es contradictoria con la forma histórica y con el estilo en que España ha encontrado las líneas maestras de su personalidad colectiva? En otra parte traté de demostrar que no.

No se crea que todo esto no son más que elucubraciones al margen de las exigencias de la vida cotidiana. Muy al contrario. Se planea, por ejemplo, cualquier reforma del Estado. Perfección de leyes, previsión del último caso, nada falta. ¿Se asegura así el éxito? De ninguna manera. Todo depende de quien la lleve a efecto. La vida tiene siempre ángulos imprevisibles, meandros incógnitos que necesitan soluciones vitales. Para vivir ampliamente, generosamente, los pueblos, como los individuos, necesitan su estilo. Y si quieren triunfar, imponerlo.

No murmuren los viejos si los jóvenes quieren imponer el suyo. Piensen que el estilo joven no es exclusiva de los años y que algo hay que justifica la protesta sorda o clara de los jóvenes y su rebeldía. Son aquellos casos en

que un aprendizaje de una doctrina quiere servir de caparazón protector de viejos modos y estilos. En tales casos resulta cierto aquello de «genio y figura». Y políticamente es esto lo que quieren. El ostracismo, la retirada forzosa al Aventino para quienes no quieren hacerlo voluntariamente.

Luchemos por una forma y un estilo. No son palabras vanas ni exaltaciones inanes. Son algo esencial, de valor perenne en el gobierno de los pueblos y en el modo de ser de los individuos.

R E B E L D E S

El verano es propicio al encuentro y al diálogo. Con ocasión de un curso en la Universidad «Menéndez Pelayo» de Santander, tuve oportunidad de dialogar con algunos profesores extranjeros de diversas disciplinas. Una de sus preocupaciones fundamentales, cualquiera que fuese su país de origen, se proyectaba sobre el estado de la juventud. Preguntaban muy ahincadamente si en España existía la ola de criminalidad juvenil que preocupa a tantos países europeos y americanos. Gabriel Marcel señalaba lo paradójico de la situación : los muchachos se hallan sin privaciones de ninguna

clase, incluso con un nivel superior al medio, con satisfacciones abundantes, y, sin embargo, algo les falta para sentirse realmente satisfechos. Se habla, en estos y otros casos, de que el déficit se halla en el afecto que los envuelve: padres esquinados o, lo que es más grave; desatentos. Pero en muchos casos la falta se atribuye a una actitud opuesta: la excesiva condescendencia y el mimo desorbitado. Esta misma oscilación pendular de las causas cuya intervención se supone en cada caso, muestra, a buen seguro, que éstas deben buscarse en un plano más hondo y radical.

Se han hecho muchas encuestas tratando de averiguar el estado de ánimo y las apetencias de la «nueva ola». Schelsky califica a las nuevas generaciones de «escépticas». La meta de rebeldía va unida a la de escepticismo. Sin embargo, sería injusto e inexacto situar toda la juventud actual bajo el común denominador de los «teddy boys» o de los gamberros. Son minorías, en efecto: pero minorías ruidosas que dan carácter, que expresan con su conducta, que algo se halla enturbiado en las entrañas de la sociedad contemporánea. Los hechos significativos no son los más frecuentes.

Existe, evidentemente, una ráfaga de rebeldía. El joven actual es un rebelde más que un revolucionario. El rebelde actual se ha rebelado, entre otras cosas, contra la revolución. No fía en ella. La revolución es un proceso de racionalización política en la que el rebelde no cree, como no cree en tantos fantasmas que heredó de siglos pasados. El joven rebelde actual desdeña la revolución como no gusta de la pintura de David. Encuentra sus matronas demasiado gordas, y poco elásticas. El rebelde busca una especie de virginidad histórica y deja de lado, como algo marchito y agostado, todo lo que ha tenido vigencia histórica. La virginidad histórica que busca el rebelde no es la de 1789, ni la de 1917, sino la de 1965 o quizá una todavía no nacida.

El joven actual opera por cuenta propia, como un francotirador. Se agrupa con otros jóvenes, pero las agrupaciones mantienen una prudente distancia del mundo de los mayores. Antes, el mundo infantil y el juvenil no eran más que la antesala del mundo adulto. Hasta en los trajes imperaba la línea adulta —se les vestía de marineros o de almirantes—. Una nueva mentalidad se ha ido creando poco a

poco, que ha devuelto al mundo infantil primero, y al juvenil después, su autonomía. (La complejidad del problema apenas permite más que una disección apurada.) Lo cierto es que los adolescentes se distancian de los adultos, distancia que crece a medida que se tiñe de inseguridades la línea histórica en que se mueven los mayores. Creo que no se puede dudar acerca de esta última afirmación. La historia supone un continuo cambio, pero varía la brusquedad del cambio, y sobre todo la ruta futura se muestra, según las épocas, más o menos razonable. En medio de la plenitud y grandeza de los tiempos presentes —que la tienen a pesar de tantas lamentaciones jeremíacas— algún resorte falla en el hombre contemporáneo. Ese resorte que falla, esa inseguridad en configurar su futuro, o sea, en encontrar un sentido a la historia colectiva, o a la propia vida individual, es lo que produce mayor sensación de desamparo en las jóvenes generaciones.

Es necesario entender bien la situación. El tema de la angustia, el del tedio, es decir, cualquier perspectiva desde la que se intente definir la situación vital del hombre contemporáneo.

neo desemboca en el absurdo. Absurda es la vida que carece de sentido. Absurdo es carecer de destino, negar la posibilidad de saltar por encima de las circunstancias que constriñen y ahogan. Absurdo es vivir en el presente sin esperanza, reducir la vida a una triste e inerte cotidianeidad. En la juventud la necesidad de fruición es tal, que se llega, en esos casos anómalos que tanto preocupan, a una verdadera fruición del absurdo. Un conductor realiza una peligrosa maniobra en la carretera, al borde del abismo. En el momento crítico pregunta a su amigo que le acompaña «¿qué hay detrás?» El amigo, que no ve más que el abismo, contesta: «Nada». Y el conductor aprieta con furia el acelerador.

Esa fruición elemental, cósmica, que parece incluso alcanzar un plano más bajo que el de los instintos, esa fruición destructiva, es una epifanía del nihilismo contemporáneo. Se llega en ella —como en los casos de criminalidad adolescente— a las últimas etapas del nihilismo, el que corresponde a esa privación absoluta de sentido que tiene la materia. El mal adquiere caracteres de compacta elementalidad,

que hace imposible su diferenciación de lo patológico.

El absurdo se presenta como fascinante y hasta como numinoso. Apenas creo que se haya llegado nunca a tales honduras en el proceso de desintegración. Lo patológico en la vida mental es lo que carece de sentido. Aquí está convertido lo patológico en normal, lo sin sentido en fruición vital. A la misma dinámica de la situación absurda corresponde la fruición por la acción sin contenido, por el despliegue de una agresividad ciega, sin utilidad alguna. La acción por la acción no es propiamente humana: es como el movimiento de una máquina. La acción ha de tener siempre una finalidad, un sentido, y su grado moral depende del grado en que se manifiestan en ella los fines más elevados del ser.

Los criminólogos se muestran perplejos ante tanta criminalidad infantil. Les parece anormal por absurda. Así resulta en muchos casos: hijos de padres excelentes, criados con el mayor bienestar, que cometen actos de una crueldad singular. Por eso piensan que son enfermos que deben estudiar los psiquiatras. Los psiquiatras, después de su estudio, los devuel-

ven al juez o al criminólogo, declarando no encontrar en ellos signos de enfermedad, según los propios criterios de su ciencia. Lo anormal no es, en estos casos, la personalidad, sino la situación de espíritu que atraviesan. Lo anómalo está en la sociedad misma, que cree que el hombre puede vivir sin asideros que, al mismo tiempo que sostienen, sujetan. El nihilismo no es ninguna enfermedad, sino un modo de pensar o actuar en la vida, una «mentalidad», como se decía antes.

La situación es, por cierto, bien paradójica. Porque esta adolescencia que ofrece cifras altas de criminalidad es la misma que especula con idílicos ideales de paz. Son escépticos frente a los ideales de las otras generaciones y piensan en un mundo mejor —hecho extraño— encandilados por luminarias míticas como las que hurlonamente se atribuían a los «pequeños burgueses». Hace poco que grandes semanarios gráficos franceses confesaban que sus cifras de venta decrecían cuando renunciaban a ilustrar sus portadas con idilios de príncipes de sangre o de la pantalla. En una encuesta reciente, la juventud alemana se ha revelado ansiosa de bienes materiales, renunciando a to-

mar cualquier papel importante en la encrucijada histórica. Lo mismo ha ocurrido en otros países. Muchos de los interrogados han dicho que no se batirían por la patria, ni por la libertad, ni por una propuesta análoga; les parecen fantasmas sin consistencia.

En cambio, sí se batirían por su madre o por su mujer. En contra de lo que haría creer la proclividad a la fruición de los sentidos que el «cine» y la prensa gráfica de muchos países ofrecen como bienes de consumo, hay en estas jóvenes parejas una dignificación y elevación de la idea de la fidelidad de la pareja. Es el deseo de volver a una vida más pura, tras el desencanto que produce el exceso de estímulos lanzado sobre la juventud. Desencanto y fatiga. La misma que lleva al rico y poderoso industrial a pasar sus vacaciones talando árboles del bosque o cultivando su jardín.

Afortunadamente no existe en España, por ahora, ese incremento de criminalidad juvenil. Algunos indicios no bastan para afirmar el mal. Este hecho diferencial obliga a propios y extraños a reflexionar; pero a nadie descarga de la necesidad de preocuparse, cada vez más,

del estado de espíritu de las generaciones que nos siguen.

¿Por qué es bajo el índice de delincuencia juvenil en España? La razón es muy sencilla, muy clara. En España se conserva todavía la institución familiar con sus valores propios. Aún no se ha señalado con bastante claridad la acción desintegradora que la mentalidad contemporánea ejerce sobre la estructura familiar. En esta cuestión se va a bandazos. La familia no es una estructura biológica, sino social, que tiene y mantiene en España sus valores propios. Las relaciones interpersonales en la familia asientan sobre un lecho de valores trascendentales, que se viven *personificados* en los miembros esenciales de la misma. El padre es padre por autor. Autor y autoridad tienen la misma raíz. Es decir, la autoridad del padre es creadora de posibilidades de ser. El joven crece así enraizado, vital y personalmente, en un mundo que le forma y le libera al mismo tiempo. Esa creación de valores supone la existencia de una ética familiar. El papel de la madre es considerable y merecería un análisis detenido. La idea que yo quiero expresar es que vivir en familia tal como se

hace entre nosotros, supone la incorporación vital de una serie de valores que quedan, por así decirlo, sumergidos en la propia sangre. El joven no es un desarraigado. Donde vaya, le acompaña esa huella que dejó en su formación la estructura familiar a la que perteneció. En cambio, la objetivación de las relaciones familiares, las transforma inmediatamente. A la entrega, sucede el egoísmo. La objetivación y racionalización de las relaciones humanas que impone el mundo contemporáneo, se infiltran en la unidad familiar. Si el matrimonio se puede disolver, está ya amenazado de disolución. Y con él la familia. Todo un conjunto de problemas imposible de exponer aquí.

U N N U E V O P L A C E R

El único placer nuevo que ha descubierto el hombre contemporáneo es el de la velocidad. Lo único que divierte, verdaderamente, a las jóvenes generaciones es la velocidad. El análisis de este nuevo modo de crear situaciones placenteras nos muestra la complejidad del fenómeno. En la velocidad que se obtiene sobre cualquier instrumento de transporte hay, evidentemente, una especial vivencia de poderío. El conductor de automóvil que ve acelerarse fulminantemente su bólido, a compás de una presión suave del acelerador, siente una oscura y placentera dilatación de su personalidad que

le sitúa en un estado próximo al de la borrachera por los tóxicos. Como en la del «haschich», las inhibiciones espaciales desaparecen. La velocidad proporciona al hombre, en tanto encarnado en su cuerpo, un modo especial de trascendencia. Borra los límites del vaso estrecho que le contiene.

Es una nueva forma de vivir la corporalidad. En el mundo cartesiano, el cuerpo humano se hallaba limitado por unas superficies geométricas, como otro cuerpo cualquiera. Pero, evidentemente, el cuerpo humano, como cuerpo vivido, rebasa los confines cartesianos. Nuestra mirada se dirige y se sitúa en lugares distintos, con una volubilidad y un poder de alejamiento que delata de un modo indudable la presencia de un principio espiritual en su trasfondo. Los movimientos del cuerpo humano, si bien se hallan sometidos, como todos los físicos, a las leyes de la gravedad, ofrecen un conato de rebeldía frente a éstas, como los saltos de los bailarines. Los movimientos expresan una vida que no acaba en la realización de los mismos, sino que empieza allí. Un simple transporte de un objeto de un lugar a otro de la mesa tiene una intencionalidad que impregna al

movimiento que realiza. Los movimientos son realizaciones de proyectos, es decir, de pensamientos. La vida está llena de movimientos virtuales, inacabados en lo físico, pero que nacen y repercuten sobre la realidad humana de un modo más ahincado que muchos movimientos físicos. Hay a veces en una mirada más agresividad que en un puñetazo o más ironía que en un discurso o más amor que en un abrazo.

Si nuestro cuerpo nos aparece físicamente limitado, no lo está, pues, en su proyección. El cuerpo humano, como la vida humana, está obligado en el despliegue de su existencia a trascender. Esta trascendencia es afirmación de la existencia. Muchas teorías sobre el placer humano muestran demasiado a las claras sus raíces biológicas, como si el hombre fuese biología pura. El placer, se dice, es una satisfacción de necesidades; y no se piensa en otras posibles fuentes de placer. La economía humana no es desde esta perspectiva más que una continuación de la economía animal, quizá en un grado más, como si entre ambas no hubiese más que diferencias cuantitativas. Pero cualquier observador avisado puede anotar otras fuentes de placer más importantes en la vida

humana que no derivan de la satisfacción de las necesidades. La primera paradoja aparece cuando el hombre satisface un impulso por la negación de otros, como cuando toma una actitud renunciadora frente a su vida instintiva. El hombre, decía Scheler, es el ser capaz de decir «no» a las reclamaciones de sus instintos.

Pero, además, si el satisfacer un instinto produce placer es porque se halla envuelto en una órbita más amplia. El placer nace de la afirmación de la vida, afirmación que tiene un polo tensivo, abierto, inacabado. El placer de comer no se limita solamente a apagar el hambre, sino que anhela la buena cocina. El arte de cocinar se inventa por el hombre para demostrar que sus instintos no son animales, sino humanos. La diferencia es tan radical, que sólo por mantener la tradición científica podemos seguir hablando de instintos.

Este polo tensivo y abierto existe en todas las funciones humanas. La acción es, por ello, fuente de placer, en tanto la inacción lo es de tedio. El placer de la velocidad ofrece las mismas características de los otros placeres humanos. En su forma exagerada sirve a la inflación del yo como un tóxico. Le permite esca-

par, en cierto sentido, del «hic et nunc» que le aprisiona en su punto de partida. El hombre prefiere muchas veces el riesgo a la inacción. El riesgo le revela las posibilidades de su existencia y en él puede llegar a sus mismos límites. Como todo lo auténticamente humano, se monta sobre la dialéctica entre el *ser* y el *poder dejar de ser*, entre la afirmación de la existencia y su negación.

En ese placer de la velocidad se esconde una raíz de conocimiento. Al hombre le gusta conocer los límites de lo humano. Parece que ésta es una de las características de nuestra época. Nunca el saber sobre los límites de lo humano se ha vuelto más patente, más experimental. El hombre quiere medirse a sí mismo con la secreta y torpe esperanza de que la medida le demostrará lo lejano de sus límites; a veces piensa que el límite no existe. En tanto colectividad histórica, el progreso indefinido supone que la existencia histórica carece de límites; que el ser individual los tiene, cada cual, en su momento, lo aprende, aun cuando en la vida moderna muchas cortinas de humo se lanzan para hacérselo olvidar.

El griego se emborrachaba con vino y con

mitos. El hombre moderno se emborracha con velocidad y con un gran mito : el del progreso indefinido, que cada vez le hará más veloz, más potente, que le descubrirá nuevos mundos y que hará posibles nuevas formas de vida, quizá en otros planetas. En las brumas de ese mito acaban muchas vidas humanas, sin saber que la busca del límite le acerca peligrosamente a su propio aniquilamiento.

En ese trascender hay evasión, escape. En el que experimenta el goce de la velocidad, la evasión y el escape son del momento. Se trata de un modo nuevo, distinto, de vivir el tiempo. No sólo se quiebran las coordenadas de un espacio reposado, inerte, geométrico, sino las coordenadas del tiempo. La rápida sucesión de momentos los funde en uno solo de dilatada intemporalidad. Se evade de la inercia del momento único, sosegado, del tic-tac rítmico del reloj que lanza, en cada una de sus pendulaciones, una oleada de tedio. Todo es tan rápido y al mismo tiempo tan dilatado, tan extenso como si se tomase un sorbo de infinitud, de una infinitud descendida de su pedestal espiritual y embebida en la materia de la velo-

cidad. De una infinitud que se clava en el tiempo, como la espina en la carne.

La velocidad arriesga y por eso ennoblece. La nobleza aparece cuando una acción humana va más allá de una pura satisfacción instintiva, elevándose sobre sí misma. En la trascendencia de la acción hay también una elevación, un vuelo sobre lo cotidiano, lo vulgar. Es un riesgo euforizante que entristece, por inútil. Es un riesgo absurdo. Inútil y absurdo desde la racionalidad humana, pero esa racionalidad que planifica no es idéntica a la verdadera «razón» humana. Las razones de vivir no son inútiles. La vida tiene, en sí misma, una razón. Sólo cuando enferma es cuando las nubes cubren esa misma razón de vivir.

RENUNCIANDO AL FUTURO

La velocidad hemos visto en el capítulo anterior que tiene un aspecto positivo. La prisa, en cambio, es nihilista. En la prisa se queman las etapas. Lo peor no es que se quemen las etapas en un viaje por carretera o avión, sino que se quemen las etapas de la vida misma. El joven quiere alcanzar, todavía en la juventud, una plenitud vital que sólo podrá realmente alcanzar a lo largo de su vida. O quizá nunca, si a esa plenitud vital se la sitúa en la frontera de lo absoluto.

Como quiera que la juventud, por la ley misma de la edad, se halla más impregnada

en sus determinaciones por el expansivo poderío de la corporalidad, ésta colorea todas sus ambiciones. Aun las más espirituales se sienten como algo próximo que se toca o se puede tocar como si su componente sensible fuese el estímulo más poderoso en la motivación. Más claro se ve esta actitud, en tanto la vida se vive como persecución de satisfacciones. La juventud actual no cree en el futuro. Su radical desconfianza le lleva a anhelarlo todo. No existe para ella «cada cosa a su tiempo». Su desconfianza en el futuro es un trasunto de su desconfianza en las generaciones que le han precedido, porque no han sabido organizar un mundo satisfactorio. Los jóvenes no se paran, ni un momento, a pensar si tal organización es posible. Claro es, que las generaciones que les preceden, apenas si lo hacen tampoco. Embaladas en la tesis de que el correr histórico es un avance hacia la felicidad, apenas ha lugar a pensar, aun cuando lo sientan en sus entrañas, que la vida del hombre tiene sus limitaciones.

«Todo y ahora», con carácter exigitivo: he aquí el lema de la juventud actual. No se trata de formulaciones teóricas, sino de realidades

cotidianas. Las relaciones entre los padres y los hijos están envenenadas por esa diferencia de planos. Un amigo mío me señalaba la preocupación —la tragedia de su generación— en estos términos: nos educamos en un momento en que la autoridad de los padres no tenía límites y ahora tratamos de educar a unos hijos cuya rebeldía tampoco los tiene.

Una juventud que desconfía del futuro, que todo lo quiere en el tiempo presente, ¿es una juventud sana? Apenas me atrevería a contestar esta pregunta. Vivir la vida con demasiada prisa es una compensación, o una reacción, frente a tantas generaciones que la han vivido demasiado vegetalmente. Pero también es un modo deformado de vivirla. Quizá se objete que es, precisamente, el modo de vivirla con arreglo al espíritu del tiempo. Es indudable que muchos de los aspectos del mundo presente denuncian la presencia del proceso de aceleración histórica. La población de la tierra ha aumentado más en un siglo que en muchos anteriores y al compás de ese aumento otras muchas manifestaciones de la actividad humana se han acelerado. Hasta los niños actuales crecen más y más de prisa, per-

ciben más rápidamente, tienen reflejos más vivaces, etc., etc. Pero esta dilatación de las posibilidades humanas en un sentido, no puede hacerse sin una limitación en otro. La personalidad del hombre no puede renunciar a poseer un centro que no se puede desplazar, indefinidamente, en una sola dirección. Esa velocidad en el crecimiento, esa viveza de percepciones y de reflejos, florecen a costa de una menor profundidad. Pero, naturalmente, ni el hombre ni el joven actual renuncian a esa pérdida de profundidad. Algo en sus plasmas clama por ella. A ese clamor hondo y desgarrado responde con la temática de la angustia y del tedio.

En la juventud actual está ahincada sobre todo la temática del tedio. Así, a primera vista, esta afirmación tiene algo de absurdo. ¿Cómo hablar de tedio en unos jóvenes tan apegados a gozar de los placeres inmediatos de la existencia, tan dados a la acción? Quizá, precisamente por eso. Esta necesidad de lo inmediato, esa incapacidad de esperar en el futuro como fuente de la existencia, emanan de la honda y escondida laguna del tedio. La desconfianza ante las generaciones precedentes es descon-

fianza ante la historia. Si se desconfía ante la historia y se busca la felicidad en el goce de los bienes inmediatos es porque confiar en la historia supone esperar en la propia realización, como continuidad que se despliega en el tiempo, que renuncia al presente por preñar el futuro. La vida se puede vivir lanzando el acento sobre el presente, el pasado o el futuro. La juventud en sí, aun gozando del presente, es una edad en la que el futuro ha inyectado su esencia. Esa esencia es para la juventud actual como un tóxico. No quiere esperar. No fía en la espera. En el fondo carece de esperanza.

Esta ausencia de esperanza, más o menos propuesta como tema propio, la reduce al tiempo presente. Este tiempo presente de la juventud actual que se niega a ser fecundado por el pasado y por el futuro es tiempo presente, que tiene que vivirse con ansiedad y con ambición de agotar en el momento en que se vive todas las posibilidades vitales. En ese tiempo presente que se vive con prisa, tanta prisa que la prisa misma se convierte en objetivo placentero, se desnaturaliza el contenido de la acción, para alzaprimar la acción misma. Los tiempos de la prisa son los tiempos de la acción por

sí misma. Son la prisa y la acción de un ser que se evade de sí mismo.

La renuncia al futuro es la renuncia a la continuidad. La prisa es la evasión. ¿Qué es lo que falla en toda esta estructura existencial? Falla la vida como continuidad, el vivirla en cada momento en toda su dimensión profunda. Los momentos de la vida son más o menos profundos, según se encuentre en ellos, medularmente incorporados, huellas del pasado y posibilidades de futuro. El pasado es nuestra propia historia, es la responsabilidad de lo que somos, es la experiencia de la vida, es nuestra propia singularidad. En el presente nos podemos identificar, más o menos, con la circunstancia o con los demás.

Pertenece al estilo de las generaciones actuales vivir su tiempo con prisa y sin profundidad. Renunciar a las responsabilidades del pasado y desconfiar del futuro concentrando la vida en el presente, dinámicamente vivido, es decir en la acción. Esta actitud deseca las corrientes subálveas que dan sentido a la vida, marchitándolo. Marchitar el sentido de la vida contribuye a dejar crecer el desierto del tedio. El tedio, agazapado en la vida ordinaria, se

agiganta a medida que decrece el sentido de la vida.

Se busca la velocidad porque se tiene prisa. Hay dos modos de tener prisa: uno consiste en tener prisa por acabar o lograr alguna cosa, otro en tener prisa porque sí. La prisa en este segundo caso consiste en vivir la vida con ritmo acelerado. No se busca nada, sino que se huye de algo. Se huye del instante presente que no gusta, que no satisface porque se siente hueco, vacío. El presente, en la vida es el tránsito entre el pasado y el futuro; pero esta imagen del tránsito es insuficiente porque en el presente se hallan ya en una cierta forma el pasado y el futuro. El pasado se halla como experiencia de la vida y el futuro como proyecto que se está realizando en cada momento de la vida. Unas veces, el presente se vive como más teñido de pasado y otras de futuro. En la prisa el presente apenas existe más que como salto veloz hacia el futuro. La permanencia en el presente causa tedio, aburrimiento. Es un tiempo vacío. De este vacío del presente, pretende escapar el que tiene prisa.

El ritmo acelerado de la música moderna es una expresión de este modo de vivir el tiempo

humano. Acelerado, quebrado, saltón, como quien tiene necesidad de llenar un vacío que le angustia. La multiplicidad y estridencia de los planos sonoros son formas de escapar del silencio del instante reposado. También la agitación es capaz de sacar a uno de sí mismo, de emborracharle como un tóxico. El ser queda anulado en ese proceso de centrifugación.

La mayoría de los observadores están de acuerdo en el carácter apacible de las nuevas generaciones. Son en el fondo silenciosas, indiferentes. En Rusia se las llama «nibonitschjo» (ni Boga, ni tschjorta), abreviatura que designa al escéptico que no cree en Dios ni el diablo.

Entre el tedio y la prisa existen relaciones esenciales. En el tedio auténtico, no se sabe qué hacer con la vida misma y este «no saber qué hacer» sitúa a cada caso en un lugar peligroso. Quizá el peligro mayor sea el mostrar la sombra de la vida, su vector absurdo, su fluencia hacia la nada. De este peligro defiende a la vida su radical afirmación. Toda vida es vida porque se afirma frente a la muerte, a la nada. La vida misma se afirma existiendo, pero lo cierto es que no le basta esta afirmación

siempre, este «porque sí», sino que necesita afirmarse por algo. El «porque sí» es la afirmación de la vida inconsciente. El niño en los primeros años vive en el porque sí. También el adulto, en uso de su libertad puede reducir su vida al «porque sí», con todos los peligros que esto supone. La vida en el «porque sí» es la vida efímera, sin continuidad, la que se reduce al propio momento, la que se contenta con un acto de fe, sin esperanza, ni caridad.

GENIOS ANALFABETOS

Una vez le pregunté a un amigo con excepcionales dotes para el mundo de los negocios, a qué atribuía él mismo sus éxitos. Reflexionó un momento y me habló de su memoria fabulosa para las cifras y los balances. Esa fabulosa memoria le permitía andar por las cumbres económicas sin tomar nunca una nota, sin consultar un papel. Mi comentario le dejó un tanto perplejo: le conté el caso de un calculador extraordinario a quien conocí en un manicomio provinciano. Era capaz de calcular rápidamente, cuando se le daba la propia fecha de nacimiento, la cantidad de minutos de vida que te-

nía el interpelante. ¡Sin olvidar en el cálculo los años bisiestos! Otras varias capacidades numéricas análogas eran su fuerte. Lo sorprendente del caso era que no sabía multiplicar. No menos sorprendente resultó el hecho de que su inteligencia fuese, evidentemente, muy inferior a la normal. Me he acordado de esta anécdota cuando leía los resultados de algunas investigaciones pedagógicas recientes. Tales investigaciones realizadas con diversos métodos psicológicos han puesto de manifiesto en la población escolar un retroceso de la capacidad de pensar conceptualmente y la de expresarse mediante el lenguaje. Apenas es necesario insistir en las íntimas relaciones que tiene el lenguaje con la estructura del pensamiento. En cambio, se ha desarrollado, últimamente, de forma extraordinaria, la capacidad de cálculo. Uno de los «test» empleados contiene una prueba referente al número de adiciones que son capaces de efectuar los alumnos en un tiempo determinado. En el año 1925 los muchachos situados entre los catorce y los dieciséis años de edad, resultaban capaces de realizar en las condiciones experimentales 1.600 adiciones, y en el año 1962, 2.000. Es decir, un 30 por 100

más. En cambio, en las pruebas en las que se mide la capacidad de juicio, o la amplitud de la comprensión, o la capacidad de expresarse mediante el lenguaje, los niveles actuales perdían muchos puntos con respecto a los de 1925. Podría añadir muchos otros resultados obtenidos en la citada encuesta: la línea en que se insertan es la misma. Evidentemente, nos hallamos ante una mutación de las capacidades intelectuales de la juventud contemporánea, mutación que es debida, sin duda, al medio educativo y cultural en el cual florece.

La plasticidad del hombre es una de sus más radicales características: oscila entre el que reduce todos sus proyectos de vida a la satisfacción de sus exigencias elementales hasta el asceta o el *genio*. Pero esta última palabra se usa de un modo tan impreciso y vago, que esta misma imprecisión repercute sobre la estructura de la sociedad contemporánea. Ya sabemos que la capacidad de calcular no significa genialidad y que el matemático genial posee algo distinto, sustancialmente, de la ordinaria y aun extremosa capacidad de cálculo, si es que la tiene. De lo contrario, tendríamos que admitir que se fabrican genios, cuando simplemente

se fabrican máquinas calculadoras. Pero esta diferencia que resulta tan evidente en este ejemplo, no lo es tanto aplicada a su área más general. La capacidad técnica no supone genialidad : la posibilidad de que el hombre se especialice en un determinado tipo de conocimientos es extraordinaria. En muchas realizaciones de la técnica actual —incluyendo la atómica— no hay más que especialización, que se monta, en buena parte, sobre el modelo de las máquinas calculadoras.

De ahí la insuficiencia del saber técnico. La técnica busca, casi siempre, mejorar las condiciones de vida del hombre sobre la tierra ; pero la técnica exige una especialización tan exagerada, que anula muchas de las otras capacidades del espíritu humano. El trabajo en equipo, que ahora se considera tan esencial en la investigación científica, está impuesto por la misma limitación de la especialización. Todo esto constituye una realidad del mundo contemporáneo que no hay más remedio que aceptar. La confusión comienza cuando se trasponen los planos y cuando se «eleva» a la categoría de geniales a estas capacidades técnicas, aunque sea las que resultan de la aplicación de los

avances de la física nuclear. Para muchas gentes el arquetipo de los máximos rendimientos del pensamiento humano se halla en las matemáticas, entendidas muchas veces en un despliegue intelectual muy simple.

Esta supervaloración del técnico es peligrosa. De vez en cuando leemos en periódicos, revistas o libros, comentarios sobre el hombre y el mundo procedentes de personalidades evidentemente excepcionales, que nos sorprenden por su ingenuidad, ligereza y falta de profundidad. Recuerdo, por citar un ejemplo, el pobre efecto que me produjo, hace años, un libro escrito sobre este tema nada menos que por el propio Einstein.

Menos mal, si las opiniones se expresan con prudencia y a título particular, como lo hacía Einstein. La situación peligrosa para el espíritu se produce cuando, expresa o tácitamente, tales «técnicos» o «especialistas» envían su mensaje en nombre de la «Ciencia». La desorientación que producen en el hombre de la calle es inmensa. Y convendría que el hombre de la calle ordenase sus criterios valorativos en función de lo que cada uno realmente significa.

La naturaleza humana es muy compleja y difícilmente reductible a cifras. Los portentos de las calculadoras electrónicas constituyen una forma de dilatar sus poderes instrumentales, como los bólidos y los aviones dilatan sus poderes de transporte. Muchos conocimientos en el hombre tienen carácter instrumental. La esencia de lo humano se halla situada en planos no fácilmente accesibles a la manipulación técnica. Cuando se habla de saberes humanistas, por tónica que resulte la expresión, se alude a la imposibilidad de que la vida de los hombres se convierta en una sociedad de termitas electrónicas, como predicen algunos utopistas modernos.

Es necesario que, a la par que los nuevos conocimientos técnicos, se cultive, en la sociedad contemporánea, lo que de humano hay en el hombre. No es fácil. El esfuerzo que exige la posesión de una técnica consume tantas energías, que muchas veces el individuo queda exhausto para otras posibilidades de cultivar lo humano. También aquí estamos en pleno juego paradójico, porque la tecnificación supone —al menos ésa es su intención— un ahorro del esfuerzo humano. Cada vez más se reducen

las horas de trabajo, pero la cuota del «ocio» queda dificultosamente, y a veces malignamente rellena, porque sigue actuando sobre ella el impacto técnico, en forma de distracciones técnicas prefabricadas, masificadas.

¿Es posible que junto a ese incremento en la capacidad calculadora del hombre contemporáneo, se cultive su capacidad para el lenguaje, para la expresión de sus sentimientos, para su vida personal? ¿Existe una incompatibilidad, puramente histórica, o circunstancial, entre ambos caminos? ¿Se trata de una incompatibilidad más honda? Por mi parte no me atrevería a contestar unívocamente a esta pregunta. Si el saber ocupa lugar, unos saberes deben desplazar a otros. Si existen otras formas de saber que las técnicas, las cuales no se computan mediante la acumulación de conocimientos, sino que se empeñan en mejorar los perfiles y los hondones de la personalidad, no tiene por qué existir la incompatibilidad. El mundo moderno debe proponerse como tema desentrañar esta cuestión. No dejarla sólo al libre arbitrio individual, sino intentar aumentar, al menos proporcionalmente al crecimiento de los utensilios técnicos, las posibili-

dades de que los hombres puedan encontrar un sentido cada vez más profundo a su vida.

Los «genios» verdaderos no tienen por qué ser analfabetos, tomando esta expresión «cum grano salis». Nunca lo han sido. Sólo debe calificarse de genios a quienes sean capaces de enriquecer la vida humana. El hombre de la calle no debe contentarse, como el primitivo, con unos cuantos abalorios técnicos, por útiles que resulten. La exigencia de que busque, simultáneamente, lo que por dentro puede enriquecerle, es cada vez más perentoria. Sabio es el que sabe sobre el hombre. Los demás saberes, por importantes que sean, pertenecen a un plano distinto.

EL HOMBRE Y SU MASCARA

Me temo que la «defensa de la hipocresía», que escribió Luis Calvo en «A B C», irritase a muchas gentes. Defendiendo la hipocresía, se alinea el autor en las filas de los decadentes: defiende una forma de vida históricamente periclitada. Estamos —y no sólo por la bomba atómica— ante un mundo nuevo, lleno de vigor, fuerza y peligro. Un mundo que nace de la audacia y energía del hombre; audacia y energía que se manifiestan, sobre todo, en su empuje por quebrar y disolver formas viejas de vida y pensamiento. La física atómica no es posible sin una ruptura con la física clásica

y, en general, todo el progreso científico supone una ruptura con el pensamiento anterior. Es la dialéctica de la Historia establecida entre la tradición y el progreso. La tradición es la hipocresía; el progreso, la sinceridad. En otros tiempos, el hombre se sentía atraído por el ideal de la belleza o la bondad; hoy sólo le atrae «lo nuevo». El hombre contemporáneo ha descubierto lo nuevo en sí mismo, en su propio autoanálisis. Las fuerzas oscuras que laten en su interior han sido liberadas. El arte no se ha deshumanizado, sino que se ha profundizado al tratar de revelar lo que el hombre lleva en sus entrañas. La psicología ha demostrado la importancia de la subconsciencia en los descubrimientos científicos.

Este avance impetuoso del hombre en la línea de la Historia es incoercible e ilimitado. Lleva, forzosamente, a una quiebra en la estructura social en la que el hombre vive o ha vivido hasta ahora. El progreso no es posible sin la ruptura de las convenciones sociales. Es cierto que tal ruptura no se hace sin peligros; pero nada en la vida puede lograrse sin un correspondiente coeficiente de riesgo. La vida es pura aventura. Ahora, más que nunca, el

riesgo se ha convertido en placer. La hipocresía en la vida social es, en el fondo, conservadurismo; puede producirse «un tipo humano tan artificioso, exquisito y perfecto como los tulipanes de un invernadero». Pero estos tulipanes de invernadero no resisten el aire libre de la Historia. Son formas de vida artificiosa.

Y sin embargo... ¿es tan arrebatadora y creadora la fuerza de la sinceridad? En el mundo psicológico actual también parece partirse del mismo principio. El psicoanálisis dice que la represión de las tendencias instintivas produce neurosis y que sólo la liberación de las esclusas interiores es capaz de dar al hombre la salud que necesita. La exigencia de sinceridad es un postulado del arte contemporáneo. Nunca se han publicado diarios íntimos tan escandalosamente sinceros como algunos de los recientes aparecidos en Francia. ¿Escandalosamente sinceros? Un escritor señalaba, no hace mucho, cómo el diario de Benjamín Constant estaba «ab initio», deformado. Lo escribió para que lo leyesen y pensasen de él lo que el propio autor del diario quería que pensasen. Este mismo mecanismo opera en todo diario íntimo. *La sinceridad absoluta es una utopía.*

El hecho de escribir un diario es ya un principio de deformación y, por tanto, de hipocresía. El lenguaje es la máscara del pensamiento; pero el pensamiento no expresado en lenguaje es inexistente para los demás y, a veces, para uno mismo. La exigencia de la expresión es creadora. Vagas intuiciones se convierten en pensamientos operantes cuando logran expresarse. *El cambio histórico, como la maduración personal, exige forma.* En la búsqueda de *la forma* está el germen de la hipocresía.

La inautenticidad es natural al hombre. Ya Kant decía que la autenticidad es una idea, un postulado inalcanzable. La mentira pertenece a la vida, aunque sea una falta moral. En la personalidad histérica hay una mentira «vital», pero ¿hasta qué punto? En la histeria no hay más que una expresión apasionada de una necesidad de ayuda, montada sobre un soporte biológico. En el carácter histérico hay una compensación de la insuficiencia vital. Lo que ocurre es que la comunicación humana se hace no sólo por el plano vital, sino también por el espíritu.

No es cierto que excavar las entrañas del ser hasta el paroxismo del análisis sea sano.

El hombre no puede vivir sin sombra ni silencio. De la misma manera que la salud física consiste en el silencio del cuerpo, la salud psicológica exige el silencio de lo que no puede decirse. Las zonas opacas son vitales en el hombre. El núcleo de la persona humana es puro, indescifrable, misterioso. Por eso dijo Nietzsche, a quien tan mal se ha entendido muchas veces: «Todo lo que es profundo ama la máscara». Es la única manera de acercarse a las profundidades del ser. El misterio de la persona exige, como todo misterio, el rito. La hipocresía es el rito de la convivencia social.

El uso de la palabra hipocresía, como el de la voz «máscara», proviene del teatro. Y lo curioso es que «persona» significa también «máscara». En la psicología de Jung, la persona es la máscara que resulta del contacto entre las fuerzas instintivas que se hallan en el fondo del ser y las convenciones sociales. En el proceso de individuación, o sea, en el de llegar a ser «uno mismo», la máscara social tiene su papel. El ser humano necesita de la comunicación. Un ser aislado enloquece. Con motivo de los viajes interplanetarios se están realizando numerosas experiencias en los la-

boratorios de psicología para averiguar si el hombre podrá soportar la soledad planetaria. Un sujeto encerrado en una cámara absolutamente oscura y silenciosa, en un medio líquido, para que no le lleguen estímulos de ninguna clase, se alucina como si estuviese sometido a la acción de las drogas tóxicas. La experiencia acaba por ser insoportable. El ser humano necesita para existir del contacto con el mundo, las cosas y los hombres; y no un contacto cualquiera, sino amoroso. ¿Es posible el amor sin hipocresía? ¡Qué gran tema cuando tanto se ha especulado sobre la sinceridad del amor!

El hombre no vive en sociedad por medio de un «contrato», sino por una exigencia primaria de su modo de ser. Ninguna sociedad más estricta que la del primitivo. El hombre necesita de la sociedad para defenderse de la angustia primordial. El gran fabricante de máscaras es el primitivo. No sé de qué experiencia personal pudo Rousseau extraer su idea de la felicidad del primitivo. La vida es demasiado seria en la selva o en el desierto, para que el hombre pueda sentirse feliz.

La máscara es creación. La máscara es forma. La persona es creación, realización de un

proyecto de vida. Ciertamente es que se ha execrado la máscara de aquellos que ocultan segundas intenciones; pero lo malo no es la máscara, sino las segundas intenciones. El criminal que enmascarase sus instintos criminales hasta no serlo, ¿sería execrable?

La hipocresía es creadora, tan creadora como la sinceridad. Cada época tiene sus tópicos; nosotros hemos heredado el de que la hipocresía pertenecía a los valores negativos. Lo negativo se halla en todo lo que pierde medida humana, como la sinceridad bestial, o la hipocresía muerta como un artefacto que no cumple el fin de facilitar la comunicación entre los hombres. ¿Para qué sirve la libertad sino para entenderse y convivir con los demás? Esa convivencia exige cesión, aceptación, orden. El mundo no puede vivir sin forma. La necesidad de lo nuevo no puede, en modo alguno, destruir el orden. El caos es inhumano. El caos es informe.

Ahora ha surgido el «outsider», que declara la guerra a las convenciones sociales, sin discriminación entre ellas. Su miopía le impide ver lo que pueda haber de vivo y de muerto en ellas. El «outsider» padece miopía intelec-

tual; por eso cae rápidamente en la repetición y el tópico. Apenas se encuentra una idea nueva en sus escritos una vez pasado el primer párrafo. Esto ocurre con mucha literatura nueva.

Y es que crear de verdad, traer ideas nuevas al mundo, resulta extraordinariamente difícil. Lo nuevo es un fermento, pero la fermentación necesita también su molde. El crecimiento anárquico de las células es el cáncer. En la vida social el cáncer también aparece, como en el organismo, infiltrando las estructuras vivas de la sociedad, aquellas que permiten al hombre cumplir y realizar su destino entre los demás. La anarquía es la enemiga mortal de la libertad. Y de la forma.

Es necesario hacer la guerra al tópico y no dejarnos estremecer por las grandes palabras ni por las actitudes dramáticas. No podemos pensar que la fidelidad a lo que de humano hay en el hombre nos deje fuera del curso de la Historia. Esta fidelidad a lo humano es lo que he encontrado en «la defensa de la hipocresía».

¿TIENE VIGENCIA HISTORICA EL HOMBRE-MASA?

En el año 1926, el gran Ortega, sumo pontífice de la intelectualidad española, comenzó a tremolar su descubrimiento de la rebelión de las masas, que luego, en 1929, expuso cumplidamente en su conocido libro. El vaticinio histórico estaba demasiado cerca de los acontecimientos para que pudiera sorprendernos su valor de profecía. Pero había en él una singular captación del fenómeno histórico más importante de nuestro tiempo. El hombre-masa «carece simplemente de moral, que es siempre, por esencia, sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación».

La rebelión ha sido de una fogosidad extraordinaria en todas partes. El fenómeno ha adquirido uno u otros caracteres, según circunstancias de meridiano o más quizá, de paralelo. En otra parte, comentando este mismo fenómeno, he escrito que lo que podría contraponerse al hombre-masa era el héroe. Sólo él con su jerarquía de valores era capaz de disciplinar al hombre-masa. A su falta de moral opone el héroe su tremenda ascesis, que le hace renunciar a todos los beneficios perecederos y mortales. Frente a la minúscula temporalidad del hombre-masa eleva el héroe una apetencia de trascender y pervivir. Le podía dominar porque, en el fondo, era más fuerte por tener menos necesidades.

Pero ¿tiene vigencia, todavía, este fenómeno histórico? ¿Podemos nosotros interpretar la situación actual del mundo o más concreta y exactamente del mundo europeo, con arreglo a esta dialéctica de hombre-masa y héroe?

Hablando con los americanos es como se tiene conciencia del ritmo vivo del europeo para la política y la historia. Emplean los hombres del otro continente sus dotes para la velocidad en otros propósitos. Lo cierto es que

siempre, siempre, nosotros los europeos, hablamos un lenguaje político distinto del de ellos.

Con tantos suramericanos ilustres como llegan a nuestra tierra hacemos pareja experiencia. «Eso es lo que pensábamos hace muchos años». «Su estado de ánimo es el de nuestras gentes el año 36.» Ahora han pasado los años. Para nuestra conciencia histórica ¡quién sabe cuántos años!

El hecho, irrefragable a mi juicio, es que la gran metáfora del hombre-masa nos suena ya a cartón. Y que la contraposición de masa y héroe ya no dice nada a los oídos del europeo actual. (Quiero hacer constar que no pretendo señalar el estado de ánimo del español, en particular, sino más bien del europeo. Siempre el hombre español ofrece matices y divergencias y contrastes frente a aquél.)

En primer lugar debemos escrutar el por qué de esa volatilidad del esquema histórico. Sería indudablemente más descansado no sentirnos siempre acuciados por esta provisionalidad. Porque el esquema histórico, nuestra concepción del instante, es la prenda de nuestra vida eficiente. Vivimos con eficacia en

tanto entendemos lo que pasa en el mundo. Si nuestro esquema ya no es válido o si una niebla lo encubre, comenzaremos a girar en el vacío y no hay fuerza capaz de contener el natural ímpetu al destino, a la forma, que todo hombre lleva consigo.

La característica psicológica del auténtico hombre moderno consiste en el incremento en la torre de su personalidad de los estratos conscientes. El ha querido ser cada vez más conocedor de sus móviles oscuros, y por ello ha elevado a superficie carga y pasaje que, habitualmente, transportaba en la bodega. La floración extraordinaria de ciertas escuelas psicológicas ha tenido como motivo más seguro e inesperado este deseo de saber lo que el hombre llevaba consigo. ¿Ha mejorado el hombre?

Se ha conocido más a sí mismo y ha conocido así al mundo. Lanzado a este afán bifronte de conocer, ha vivido según este conocimiento. Por ello se ha entregado tanto al momento, a la actualidad del mundo y a su propia actualidad. ¿Qué le importaba el pasado? ¿Qué le importaba la historia y la tradición? El creía tener siempre fórmulas nuevas para sus nuevos problemas. Esta manera actual de vivir le

ha prestado una agudeza increíble para obrar. Y también una sensibilidad extraordinaria para aquello que se llama «el momento presente».

Razones más que sobradas hallamos, pues, para explicar cómo el moderno europeo quema tan rápidamente las etapas. Y cómo fórmulas de pensamiento o de política que, en otras coyunturas, hubiesen alcanzado vigencia de un siglo, se han marchitado ahora en poco más de cien días. Pero aun así su efluvio ha sido intenso. El hombre más modesto, aislado en el más ínfimo villorrio, ha sentido su vida sacudida—y a veces de qué manera—por lo que fuera fórmula del día. No hay cantonalismo posible.

¿Quién duda que las conquistas del hombre-masa parecían más imbatibles que las de los derechos del hombre? La enorme subversión de valores que provocaron favorecía su perduración histórica. Y, sin embargo, apenas cuajada su rebelión ya se la contenía a las mismas puertas de la fortaleza desbordada.

¿Qué se va a producir ahora en la conciencia del europeo medio? Sería inaudita la pretensión de desvelar el enigma, que sólo conce-

derá su secreto a medida que oiga la segura y pausada melodía del tiempo que pasa. No lo será, en cambio, contar el secreto ya presente de nuestras conciencias. Es como describir un amanecer: las nubes que lo adornan pueden no llegar a ser lluvia del mediodía.

Hemos aludido al fenómeno que está ya presente en nuestras conciencias. Y así es. Lo que no puede asegurarse—y sí sólo sospecharse—es que alcanzará extensión tal, que se condense en un nuevo «nivel histórico». Aunque su aparición en puntos y gentes tan diversos del tablero europeo nos invitan con vehemencia a pensar que así va a ser.

¿Qué anhela, qué quiere el europeo actual? Anhela algo por lo que sus más próximos antepasados habían sentido un hosco y profundo desprecio: la vida cotidiana. Por evadirse de la vida cotidiana el artista inventó ismo, tras ismo, hasta la locura. Por evadirse de la vida cotidiana se sublevó el menestral contra el patrón, el intelectual contra el teólogo y el soldado contra el general. Fue necesaria la gran llamada al heroísmo, el toque de rebato, el clamor del barco que se hundía, y con él todos los que en la dialéctica de la rebelión de las

masas se habían enfrentado, para lograr el cese de la contienda. Pero ¿ha cesado la contienda?

Y entonces ha ocurrido lo que Heráclito, el insondable, formuló con el principio de la enantodromía: todo marcha hacia su contrario, como la guerra a la paz o la paz a la guerra.

El hombre-masa ha reconocido que no todo es progreso exterior. Ha llegado, incluso, a convencerse de que cada nuevo avance en extensión lleva ligado, inevitablemente, la posibilidad de una catástrofe. El arco distendido tiene más probabilidad de romperse que el arco en reposo. Y cuando el arco estaba en la máxima de su curva distensiva, de nuevo la voz interior le ha aconsejado la quietud. El toque de queda y silencio.

Pero cometeríamos un grave error si creyéramos que la vida cotidiana a la que aspira el europeo actual es la del período anterior a la guerra, anterior a su rebelión. No en vano hemos andado una singladura y jamás el hombre se baña dos veces en el mismo río, por recurrir de nuevo al profundo y bello simbolismo heraclíteo. No es aquella cotidianeidad, sino otra muy distinta, a la que aspira: aspira

a una vida cotidiana que permita el recogimiento. Entonces el europeo puede descubrir de nuevo la vida interior que había dejado abandonada en el desván de su personalidad. La escuchará de nuevo y su alma volverá a hablarle de su mundo. Si la sabe escuchar oírá cerca los pasos de Dios. Porque así como toda crisis que se exterioriza trae aparejada la posibilidad de una catástrofe, toda crisis que se interioriza nos acerca a Dios.

Cotidianidad sí, como cansancio del heroísmo, pero como goce suave de la vida, que es un don más de ella. La vida, como bien mundano, es la idea del hombre-masa. La vida negada y entregada es el alma del héroe. La vida, como don trascendente, es la idea del cristiano. Sentirá entonces el canto del alma fascinada por el nuevo paisaje descubierto tras tanto dolor. El dolor de la lucha no habrá sido inútil, al contrario, fue una etapa necesaria.

MULTITUDES Y MINORIAS

Conviene insistir en las diferencias existentes entre la idea de multitud y la de hombre-masa. Las multitudes han existido siempre y han desempeñado en momentos de crisis un papel decisivo en el curso de los acontecimientos históricos. En cambio, el acceso del llamado hombre-masa a la historia es un hecho contemporáneo. Tiene su raíz biológica, como ya lo puso de manifiesto Ortega, comentando un dato estadístico sobre el que había llamado la atención Werner Sombart. En el año 1800 la tierra estaba habitada por 850 millones de hombres. A comienzos del siglo xx la cifra

era de 1.800 millones. En un número de «Fortune» se señala que el «boom» más importante del año es el de la población. Los Estados Unidos contaban en julio de 1920, 106 millones de habitantes, y en enero de 1965 la cifra asciende 192 millones, calculando que en el año 1975 la población alcanzará la cifra de 206 millones. Cuando se habla tanto de la técnica y se le echan en cara los factores desintegradores que contiene, conviene no olvidar que a ellos se debe el aumento de los bienes de consumo que ha permitido este crecimiento de la población humana.

Sin embargo, existen muchos puntos de contacto entre la psicología de la multitud y la psicología del hombre-masa. Ambas se hallan montadas sobre los factores anónimos de la persona humana, es decir, sobre lo que hay en ella de más impersonal. El acceso del hombre-masa a la historia supone un proceso de nivelación de la vida humana, una eliminación de lo singular e individual, una progresiva homogeneización de la humanidad. La técnica puesta al servicio de la educación intelectual se propone y consigue una verdadera planificación cerebral. En Inglaterra,

uno de los países más liberales de Europa, se enseñan las mismas cosas con casi las mismas palabras y a las mismas horas a todos los niños que asisten a las escuelas públicas. El hombre es un ser esencialmente plástico. Una de las características fundamentales que le distingue de todo lo que es zoología es precisamente su apertura, *su capacidad de adquirir forma*, no sólo en lo que se refiere a sus manifestaciones espirituales, sino también biológicas por la influencia del medio ambiente. De ahí el éxito de la destrucción de la personalidad que pintorescamente se llama ahora en el «argot» periodístico «lavado cerebral». La domesticación del hombre, si bien puede ser más difícil de ejecutar, sin embargo, puede alcanzar grados mucho más intensos que la domesticación de los animales.

El hombre-masa se halla muy propicio a dejarse irrigar por cualquier sistema de planificación. Ocurre con él como con el hombre multitudinario. Ya los viejos trabajos de la psicología colectiva habían puesto de manifiesto que, la mal llamada «alma de las multitudes», no consiste más que en un contagio afectivo. La anulación de los planos superiores de la per-

sonalidad permitía la hipertrofia de los planos instintivo-afectivos; de esta manera se crea una solidaridad entre los componentes de la multitud que la hace operar como un ente único, expresión de una presunta alma única. En la acción colectiva se ganaba en violencia y a veces en eficacia. Se perdía, en cambio, lo más egregio de la actividad humana: la posibilidad de crear valores espirituales y culturales. Se perdía la forma.

En la crisis contemporánea se tiene la impresión de haber tocado un punto más hondo que en anteriores crisis históricas. Incluso parece que en crisis históricas pasadas existía, más que un sentimiento de temor por el decaimiento y destrucción de los valores entonces vigentes, una alegría por la aurora de otros nuevos. *Eran crisis cargadas de esperanza.* La característica esencial de la crisis presente consiste, precisamente, en la ausencia de esperanza. No se ve por ninguna parte apuntar valores nuevos, dibujarse una nueva imagen del hombre. La literatura actual, en lo que tiene de más específico como expresión del modo de sentir del hombre contemporáneo, es una literatura nihilista. Pocas veces, quizá nunca

en el curso de la historia, se ha logrado una expresión más profunda y poética al mismo tiempo del proceso de desintegración de la personalidad humana. También el arte nuevo es fundamentalmente desintegrado. Lo que todavía no aparece es una imagen nueva del hombre, y éste es el problema más angustioso y desesperanzador que invade la conciencia del hombre contemporáneo. Y, sin embargo, la crisis ha de tener una salida. Quizá una de las dificultades para encontrarla sea la incapacidad para tomar, en el plano intelectual, actitudes heroicas. En el arte y en la literatura actual la crisis se está viviendo desde dentro, y el proceso de desintegración aparece como un hecho fatal y correlativo con el gran proceso de socialización del mundo occidental. En el fondo, el acceso del hombre-masa a la historia quiere decir cristalización del proceso de socialización del mundo moderno. Esta cristalización se presenta cargada de valores míticos, y por eso tiene un poder sugestivo extraordinario. Nadie discute, por ejemplo, las conquistas de la llamada justicia social, pero nadie se preocupa de sus consecuencias. Evidentemente, una conquista social es la de la semana

de las cuarenta horas. Otra conquista social, más profunda todavía, es la del ahorro en trabajo humano que se debe a las nuevas técnicas. Pero ¿qué hacer con las energías ahorradas y con el tiempo libre? Cuando se estudia el mundo del hombre contemporáneo desde el punto de vista de la psicopatología llama la atención el crecimiento de los factores desintegradores de la sociedad: el alcoholismo, la toxicomanía, la delincuencia juvenil, etcétera, etcétera. El ser humano es extraordinariamente complejo y lo que resulta más patente, más real, es su incapacidad de vivir su vida montada simplemente en el plano biológico, como satisfacción de sus necesidades. Y parece precisamente que el hombre contemporáneo trate de reducir su vida a este esquema. Lo único que ha hecho es aumentar el área de lo que considera necesario a la posesión de algunos artefactos técnicos. Pero indudablemente la vida humana, que es *más que vida*, según la fórmula de Simmel, queda, con este esquema, radicalmente insatisfecha. El hiato que rodea la vida montada sobre un esquema biológico de necesidad-satisfacción se halla determinado por la presencia en el hombre de un espíritu que

apetece siempre algo más. La necesidad de trascender es tan inherente y constitutiva de la personalidad humana como el instinto sexual o el instinto de conservación. Y cuando pretende ignorarse en su pura línea expresiva, se escapa y aparece en forma de angustia y de inquietud que se sacia por medios extraños y antinaturales. Es necesario, pues, reconocer que la tarea más urgente del hombre actual es la creación de una nueva *forma de vida*. Tan urgente es esta necesidad, que muchos han pensado que la solución de la crisis del mundo contemporáneo ha de consistir en una unión de la técnica fáustica occidental con la fórmula de vida del oriental. Las tesis de Jung expresan este mismo deseo en el plano de la psicoterapia. Esta fórmula es una confesión de impotencia para el europeo. Efectivamente, con ello renuncia a crear una forma de vida que le sea propia y que nazca de sus propias entrañas.

La técnica y la racionalización del mundo moderno le han privado de la sustancia mágica que envuelve al primitivo y de la sustancia religiosa que embebía al hombre medieval. La técnica oriental se monta sobre vivencias mágicas. El tibetano que contempla una man-

dala y cae en estado hipnoide, en el que vive de un modo peculiar su encuentro con el mundo, ejercita una técnica mágica.

El hombre-masa ha sufrido un proceso de desmitificación. La técnica le ha hecho perder su centro numinoso, su alma. *El concepto de personalidad de la moderna psicología es un sustituto de la creencia en el alma.* Y, sin embargo, esta obliteración de los canales mágicos es, en el fondo, una operación fallida. Los caudales mágicos afloran por cualquier grieta.

Ahora mismo, en el momento en que escribo estas páginas y mientras paseo fugazmente mi mirada por el periódico del día me asaltan, inmediatamente, muestras de esa apetencia y necesidad de lo mágico que reside en el fondo del hombre de nuestros días por muy secularizado que se halle. Véase una muestra: en un país tan racionalista como Francia, el número, la clientela y el poder de los curanderos casi rivaliza con el de la medicina oficial. Otra: de tal periódico dedicado a publicar los detalles más insignificantes de un acontecimiento necrofilico se han vendido decenas de miles de ejemplares. ¿De dónde arranca, pregunto yo, esa curiosidad por lo extraño y morboso, sino

de los planos mágicos del hombre-masa? Su sugestibilidad es tan grande como la del hombre multitudinario; pero en el fondo, no son especies tan lejanas.

Esta sugestión, por lo extraño y misterioso vividos en formas tan anormales, es una muestra más del proceso desintegrador de la personalidad humana, que es el antecedente necesario de la constitución del hombre-masa.

En esta situación, ¿de dónde puede arrancar la esperanza? Nunca, en ningún momento histórico, ha sido más necesaria una operación de minorías. Por una vez quisiera expresar un adjetivo manido: *de minorías auténticas*, con conciencia de su carácter originalmente minoritario y de su actitud de oposición a los cánones creadores del hombre-masa. Porque el esquema de éste domina muchas inteligencias poderosas y cuenta en su apoyo con muchos hombres de acción. La democratización del mundo no se ha limitado al mundo político, ni al económico, sino que ha alcanzado a los intelectuales que también creen que se puede acceder a la verdad esencial por operaciones mayoritarias. En este aspecto, pronto serán superados por los cerebros electrónicos.

Esa actitud minoritaria resulta, pues, esencialmente heroica, si no en lo físico —también puede serlo— sí en lo intelectual. Nadar contra corriente, luchar contra la tradición inmediata, contra una cultura que si en algunos aspectos se muestra agónica, en otros muestra, todavía, muchos triunfos en su mano.

Se habla mucho de la angustia del hombre moderno. Esta es una experiencia esencial. *La luz puede venir de los angustiados porque ellos pueden sentir como pocos la acción de la gracia.* En el fondo de la angustia se toca a lo más íntimo de la experiencia del vivir. Salir de ella necesita de una técnica no físico-matemática, sino vital. El existencialismo es una forma morbosa y degenerada de religiosidad, como una experiencia fetal y primigenia de que hay un modo de situarse en el mundo, específicamente humano, que asienta sobre la necesidad de trascender, de salir de sí mismo, de rebasarse. Esta necesidad puede cristalizar en una experiencia religiosa profunda: de ahí ha de venir una nueva luz.

Conviene, además, que insistamos en los peligros de la propaganda multitudinaria. En todos los tiempos han existido oleadas de exal-

tación colectiva, ya sean de tipo religioso o político. Pero nunca se podrán comprender esos fenómenos si no se tiene una idea clara de la estructura psicológica del hombre. Desde el punto de vista psíquico podemos distinguir en él dos estratos fundamentales: uno inferior, hondo, oscuro, donde anidan y florecen los instintos y los sentimientos, y otro superior, lúcido, diferenciado, que concede su carácter de persona montado sobre la luz de la inteligencia y el agudo puñal de la acción voluntaria. En la psicología moderna, a partir del psicoanálisis, es frecuente calificar al primero de «ello». El «ello» son los suburbios de la personalidad, y el «yo» su ciudadela. El «yo» debe ser una instancia vigilante. En cuanto se pierde su acción vigil comienza la danza caliginosa de los instintos. Los suburbios invaden el centro de la ciudad.

El «yo» es lo que diferencia, el «ello» lo que analoguiza. Los hombres se parecen entre sí por sus instintos y por sus afectos, se diferencian por sus calidades netamente personales. El «ello» es el cosmos, el mundo físico interiorizado. De la dinámica que se establece entre suburbios y centro, resulta la vida de la

personalidad, la cual no es, por consiguiente, sino el desarrollo histórico individual de la persona. Pero la vida es, por un lado, fluctuación y cambio. Y por otro, no puede vivirse, como tal vida humana, aislada, salvo excepciones, como una cumbre encrespada. También las cumbres necesitan apoyarse sobre los lomos de las cordilleras.

Existe una forma de contacto superior, a través de la más pura vida del espíritu; pero existen contactos más inferiores a través de los instintos y de los afectos. Su inferioridad no le quita importancia, sino todo lo contrario, ya que en la vida cotidiana, instintos y afectos la integran y aun la dominan en buena parte.

Es más fácil penetrar en un ser a través del plano afectivo que a través del plano de la pura razón. Aquél ofrece una permeabilidad especial. Incluso algo más que permeabilidad, un ansia de contacto, que no es tan ingente en el plano racional, menos dinámico y de arquitectura más contemplativa. Amistad, amor, odio y toda la variada escala de los sentimientos son vía de penetración en nuestros semejantes.

Es más, toda la vida sentimental tiene algo

de atmosférica. Con frecuencia decimos de un paisaje que es cálido o frío. La lluvia entristece —no siempre, hay a quien le euforiza— y la luminosidad de un día soleado exalta el ánimo. Si esto ocurre así, es por la implicación que hay entre estado de ánimo o vida sentimental y la circunstancia que nos rodea.

Es evidente que mayor importancia que las circunstancias físicas, la tiene la circunstancia personal. La vida afectiva es especialmente comunicación. «Quiero ver caras alegres», dice alguien una vez para combatir su propia melancolía. Los sentimientos se contagian más que las infecciones. De este contagio afectivo surgen *las explosiones multitudinarias*. Pero el hecho es aún más complejo, porque no es que una persona o núcleo de personas difunda su estado de ánimo contagiando a los circundantes, sino que, a su vez, vuelve a recibir la emanación de ellos como en una operación de encendido mutuo. Veamos lo que ocurre en una asamblea política: el orador caldea el ambiente, pero el ambiente también le caldea a él. Se establece así una especie de marea anímica colectiva que crece, implacablemente, y a veces peligrosamente, incluso contra la voluntad

del que la determinó. Fenómeno parecido ocurre en espectáculos como las corridas de toros.

Tales estados de ánimo multitudinarios pueden provocarse de muchas maneras; por ejemplo, por la técnica del rumor y de la creación de zonas de inquietud. Buena parte de los humanos viven aún más de su fantasía que de la realidad. La noche está poblada de sueños, pero el día también lo está: deseos, temores, presagios, etc., toda la eterna inquietud humana, están siempre brotando al exterior en diversas formas. Todo ello crea una atmósfera neblinosa que un hecho cualquiera es capaz de hacer cristalizar en determinada forma. En estado de tensión colectiva alguien dice que una mujer ha intentado envenenar a un niño: se queman las iglesias de la ciudad; o una persona, en la expectación de lo que ha de venir, grita: ¡milagro!, y la multitud se prosterna, creyendo en la realidad de un falso milagro.

En tal estado multitudinario la niebla cubre y borra los contornos más propios y ariscos de la personalidad. Todo contacto e imitación supone, en principio, una despersonalización. De ahí sus tremendos peligros; por eso la multitud es móvil y cambiante como las olas del mar y

peligrosos sus movimientos como los incendios en el bosque.

Repito aquí lo que he dicho en otra parte a propósito de la técnica: no es que la influencia colectiva y multitudinaria sea en sí desdeñable, sino que hay que tener la visión clara y no juzgar de una situación sólo por esos rasgos colectivos. Sobre ellos puede asentar una labor honda, eficaz y maravillosa; pero el que se quede en el primer plano ha sembrado a voleo y no se ha preocupado después de cultivar su campo.

Un estado de ánimo colectivo puede predisponer muchas gentes a una conversión política o religiosa, pero la conversión ha de estar afianzada, después, por un proceso de profundización en la personalidad, de suerte que cristalice en aquel ser un hombre nuevo, una nueva vida.

* * *

El mundo moderno se halla en buena coyuntura para una labor misional. Es cierto que el mundo occidental ha sufrido un enorme proceso de secularización. Negarlo sería negar

la evidencia. Pero este hecho también se observa en el mundo oriental. Ha habido un enfriamiento de la religiosidad de carácter planetario; las crisis se inician incluso en las sectas más escondidas del corazón de Africa o de la isla más lejana de Oceanía.

La raíz histórica del fenómeno es clara. La obra del hombre ha querido suplir la obra de Dios. En el medioevo, el hombre veía la presencia de la divinidad en el piar de los pájaros, en el rumor del bosque y ¡cómo no! en el palpar del corazón humano. Después ha descubierto que el piar del pájaro y el rumor del bosque y el palpar del corazón humano son el resultado de ondas, átomos y electrones bailando una danza regulada como un paso de minué. Pero se avecina el momento en que la danza está amenazada con perder su ritmo leve de música mozartiana, para emprender un baile infernal de átomos que destruyen. La bondad natural del hombre abandonado a sí mismo ha resultado un mito peligroso. De nuevo el hombre se siente invadido por su angustia primaria y esencial, por el «terror anticus», como el que sintió Adán tras haber comido del árbol del bien y del mal.

La vida humana ha aumentado su coeficiente de inseguridad, aunque el hombre luche, estadísticamente, para demostrar lo contrario. La medicina ha hecho grandes progresos, la vida humana se ha alargado en muchos años, pero jamás el hombre ha tenido tanto miedo a la enfermedad y a la muerte; porque el temor a la muerte es peor que la muerte misma.

Por eso busca el hombre su asidero en cien creencias inverosímiles. En cualquier parte surge, como un mago milagroso, un predicador de una verdad nueva que muchas veces no es sino un franco delirio patológico. Y, sin embargo, las gentes acuden y creen. La «Christian Science», obra de una histérica, todavía tiene adeptos. En cualquier ciudad europea pueden verse locales excelentes y gentes que acuden a ellos. El periódico que publican tiene una enorme tirada y se lee en todo el mundo. Y lo mismo los del «Advenimiento del VII Día» y tantas extrañas formas de satisfacer la necesidad de creer.

Porque ésta es la verdad capital: el hombre necesita creer en algo, con la misma necesidad radical e insobornable con que su cuerpo necesita de agua para no morir de sed. Si no

accede a la gran verdad revelada se contenta con una forma de creencia mítica, llámese como se quiera. La creencia le da como al primitivo una forma de seguridad espiritual que le ayuda a soportar su carácter itinerante. El mundo está sediento de verdad religiosa. Los campos están abiertos y hay que empezar la sementera. Aquí y allá, sin límite de meridianos y paralelos. Que la amplitud comunicativa del planeta, cruzado por las ráfagas de los aviones y las órbitas de los satélites, sirva para difundir con nuevo vigor y savia la verdad revelada.

EL SACRIFICIO DEL RINOCERONTE

Ionesco se plantea en *Rinoceros* —al parecer— el problema del hombre-masa. El planteamiento de Ionesco me resulta —es una opinión privada— insuficiente, poco dramático precisamente donde debería serlo, en la interioridad humana. El drama no debe estar en las palabras, sino en el conflicto interno.

Hace años que Ortega publicó su libro más famoso y quizá el más logrado. Lo importante del libro de Ortega no es que denunciase el advenimiento de las masas, como una consecuencia del incremento de la población del mundo, sino su empobrecimiento ético. El

hombre-masa para Ortega es un hombre inmoral o amoral. Es difícil, en verdad, que en el hombre-masa crezcan sus valores éticos cuando la «masificación» trae consigo la pérdida de la libertad y de la forma.

Ionesco señala un aspecto de este proceso: el rinoceronte es el símbolo del impulso instintivo. En el hombre-masa ocurre una reducción de lo que, realmente, es ser hombre. El rinoceronte es instintivo, primario, monolítico; pero en el despliegue de su elemental fuerza hay una fruición vital. En el hombre-masa, tal como se está constituyendo en la sociedad contemporánea, ni siquiera hay esa fruición vital.

Hace algún tiempo, meditando sobre estas cuestiones, escribí que lo que podría contraponerse al hombre-masa era el héroe. Sólo él, con su jerarquía de valores, era capaz de disciplinar al hombre-masa. A su falta de moral, opone el héroe su moral heroica. Ahora mismo no me parece tan afortunada tal contraposición si no va acompañada de unas ciertas precisiones.

Berenger, el personaje que Ionesco contrapone a los efectos de «rinoceritis», es un rebelde insolidario. No es un rebelde con eje

interno. Carece de forma. Sus temores provienen, precisamente, de esa carencia de eje interno frente al impulso monolinear de los rinocerontes. Es un bohemio. Ionesco plantea el problema demasiado literariamente. No es que los bohemios no sean rebeldes —sí, pero menos, como dirían nuestros famosos humoristas—, sino que su rebeldía es una defensa de humo frente a la agresión de los rinocerontes. Tiene miedo, quiere evadirse, resiste, pero también de un modo primario. Por eso dice un «no» titubeante y angustiado. En la antinomia masa-héroe, el héroe no sólo resiste y dice que no, sino que da la batalla, a cualquier precio, aun al de su vida.

Pero el esquema masa-héroe tiene un matiz sociológico —y casi político— que sin que yo pretenda quitarle importancia me interesa menos en este momento. El conflicto, el drama, está dentro de cada uno, en lo que de masa y héroe hay en cada intimidad humana.

La masa es el instinto. Ya hace tiempo que los sociólogos y psicólogos señalaron la fusión a través de los estratos inferiores de la persona que se establece en las multitudes. De ahí su violencia apersonal. Ortega agregó nuevas di-

menciones a este esquema, sobre todo el señalado antes con la dimensión ética. Para que el hombre-masa sea posible, es necesario una vida racionalizada. No es, pues, un problema de inteligencia. Se puede ser hombre-masa a pesar de pertenecer a los estratos más o menos intelectuales de una sociedad. Sobre todo ahora, en que la misión del intelectual se considera, en tantos meridianos, libre de todo imperativo ético.

El hombre-masa busca en la satisfacción de sus necesidades su felicidad. La quiere, la impone como el rinoceronte en la selva. Pero ¡ay!, el mundo humano es más complicado que el de los rinocerontes. Lo que de felicidad puede ofrecer una civilización de masas, se hace a costa de los valores internos, de los valores personales. Es la felicidad en serie, que naturalmente se convierte en la auténtica desgracia. Es la forma más demoledora de miseria humana.

De este proceso racionalizador sólo puede escapar el hombre mediante una auténtica rebelión. Necesita conquistar la libertad frente a la planificación. Pero esa libertad que necesita es, ante todo, su libertad interna, la que

se tiene frente a sí mismo, a los estratos apersonales del ser. Lo primero que necesita saber es que el paraíso de los rinocerontes no existe para el hombre. No existe paraíso animal. Y el otro paraíso, el que puede darle al hombre satisfacción absoluta, tampoco existe en la tierra. La libertad interior, la que necesita para mantenerse indemne frente a la inferior, por el virus que amenaza en convertirlo en rinoceronte, se inicia en el sacrificio.

No le puede el hombre decir que «no» al rinoceronte ahogando su angustia en alcohol. Tiene que decir que no a sí mismo, a aquellos impulsos primarios del ser que necesitan ser canalizados para que pueda florecer la libertad personal. *En las aguas cenagosas de los instintos, la libertad no florece.*

De la contraposición entre masa y héroe no nos queda más que el sacrificio del héroe. El héroe domina porque es capaz de sacrificarse; por eso tiene una moral. La crisis del hombre contemporáneo se halla en la perplejidad en elegir los valores por los que valga la pena sacrificarse; pero la perplejidad no puede durar indefinidamente. Si no se sacrifica, será sacrificado por los manes del rinoceronte.

LA CUESTION SEXUAL

Una muchacha entra en una librería de Zurich con su compañero. Sobre una mesa está expuesto un libro nuevo, «El problema sexual». «¿Por qué problema?», comenta, dirigiéndose a su compañero. La anécdota la cuenta Koestler. El problema para la pareja no era el sexual, sino el de poder tener una habitación donde alojarse. La habitación no debería ser demasiado pequeña, porque luego podría venir un hijo. Mientras tanto continuarían «encontrándose» los fines de semana.

¿Están más o menos erotizados los jóvenes actuales que los de otras épocas? Los observa-

dores de muchos países los consideran menos interesados. Como tantas otras veces la cuestión ofrece entresijos inagotables. Nunca un problema humano puede descifrarse exhaustivamente. Se descubren muchos perfiles, se ahonda en muchas fisuras, pero otras tantas se nos escapan. Cifrar la esencia humana es algo inasequible al hombre mismo.

Un cierto desinterés proviene de la facilidad. Nadie duda acerca de que, en muchas partes, las costumbres sexuales se han vuelto más libres. Se satisface el instinto sexual un poco como el hambre. Si toda la cuestión se situase en este plano libidinal-biológico, apenas habría mucho más que decir; pero, por una parte, esa misma facilidad desinteresa. Lo valioso para el hombre siempre es lo difícil. Por otra, la facilidad proviene de un cambio en la valoración que la mujer tiene de su propio cuerpo, en tanto vaso sexual. Un cierto modo de identificación de su persona y su cuerpo lleva a la identificación entre el valor de su persona y la guarda del pomo sexual. En buena parte de las muchachas europeas tal identificación ha desaparecido. No sé si del todo. No sé si en el fondo de su ser no

se escucha un grito de dolor por haber llegado a esa situación. Aparentemente, no; son fuertes con la fuerza de la naturaleza. Esa fuerza natural les lleva a enfrentarse en la cuestión sexual sin inhibiciones. No hay que hacer cuestión de ella, como no se hace cuestión el hambriento de morder un trozo de pan. Ya no hay tabú sexual.

Por ejemplo, compárese el «hacerse el amor» en una pradera o en un automóvil, un paseo de enamorados por el campo o por las calles de Manhattan. En el primer caso el paisaje participa e invita a la «catexis» libidinosa y contribuye a erotizar. La libido trasciende más allá de las zonas erotogénicas inmediatas. Es como un proceso de sublimación no represiva. En contraste, un medio ambiente mecanizado parece bloquear la trascendencia de la libido. Impelida en la tendencia a extender el campo de la gratificación erótica, la libido se vuelve menos polimorfa, menos capaz de erotismo, más allá de la sexualidad localizada, de suerte que ésta se intensifica.

Esa naturalidad, mirada con perspectiva de otros tiempos, supone una cierta degradación de la mujer como persona. Las muchachas ac-

tuales no lo sienten así. ¿Cómo se defienden de esa real minusvaloración? *Exigiendo una mayor fidelidad*. A mayor entrega, mayor fidelidad en el mantenimiento de la pareja. En todos los países existen hombres y mujeres incapaces de cualquier conducta que no sea ligera. La ligereza de muchos está al borde de la patología; no son, desde luego, ejemplos del modo de *ser hombre*. No me refiero a «ejemplos» como conducta ejemplar, valiosa, sino a «ejemplos» como conducta mayoritaria. La verdad es que la mayoría no son así, y los que lo son, por algún resquicio dejan oír sus resonancias profundas. Un resquicio es la exigencia de fidelidad, de mutuo apoyo, de vivir juntos una vida como empresa común. El amor natural es, por compensación, más exigitivo. La satisfacción del instinto no es el fin, sino el comienzo de un camino. Es una actitud distinta.

El hombre moderno ha emprendido la gran tarea de la desmitologización del mundo. Un gran mito es la sexualidad. El mundo nos aparece, cada día más, bajo una luz más racional en la que desaparecen los fantasmas del mito; pero éstos le han jugado al hombre una mala

pasada y se le han metido dentro. El interior del hombre está lleno de mitos a los que llama instintos, complejos, tendencias, pasiones, etcétera. Se ve a sí mismo el hombre moderno como el resultado de una cibernética de estos mitos interiores. Cree que conociéndolos bien se liberará de ellos. Y así llega a una verdadera inflación del yo. Pero en todo este esquema es curioso que el proceso que realmente opera es el de una huida de la libertad. La interpretación racional de la vida interior supone la exclusión del problema de la libertad. *Los mitos interiores no sólo necesitan ser conocidos, sino sometidos.* No hay que huir de la libertad, sino enfrentarse con ella. *Y la forma primaria de libertad es la que se tiene frente a sí mismo.*

L O I N T E R E S A N T E

En el mundo moderno resulta interesante hacer algo que le distinga a uno de los demás, de la masa. Y al propio tiempo el individuo busca «lo interesante» huyendo del tremendo sentimiento de inseguridad que le aprisiona y envuelve por pertenecer a una sociedad de masas.

Algunos jóvenes quieren hacerse los interesantes, llegando para conseguirlo a caer en la excentricidad. ¿Qué significa esto como postura vital? En el arte la categoría de «lo interesante» ha suplido a la categoría de «lo bello». Cuán radical es el cambio lo patentiza

el análisis histórico de cómo se realiza esta suplencia. Lo cierto es que el ideal de belleza surge del ideal de perfección, de suerte que como categoría estética emana de una categoría ética. Lo interesante, por el contrario, viene de otro sector más próximo a los estratos vitales y más alejado, por consiguiente, de los estratos espirituales. Interesante es lo que combate la monotonía de la vida. La moda es monótona cuando cada modelo se parece o, mejor aún, iguala al anterior. En el curso de la vida la sucesión temporal va montada sobre la novedad que cada momento trae al instante pasado. Cuando tal novedad no existe aparece la experiencia del tedio, del vacío de la vida. La insaciable necesidad de ser interesante es una manera que tiene la juventud actual de encubrir o de anegar su íntimo vacío vital. El vacío real de una vida se ve muchas veces aumentado por el vacío vital.

¿Hay en la categoría de «lo interesante» una infiltración nihilista? ¿Es ésta la que ha consagrado la minusvaloración de los históricos, siempre a la búsqueda de lo interesante? Un problema muy hondo nos acecha con estas preguntas. Veamos un ejemplo: una mucha-

cha de veinticinco años viene a mi consulta. Su marido acaba de morir. Se casó hace cuatro años con un hombre que estaba enfermo desde los diez de diabetes infantil. Los dos últimos años de su matrimonio fueron crueles para ella. Su marido tenía episodios de desorden mental tan grave que la familia le aconsejaba continuamente el ingreso en una clínica. Ella se negó siempre a hacerlo. «Sufrió mucho—me decía—; él era un sádico. Me pegaba diariamente, pero he tenido la suerte de vivir unos años de vida extraordinaria al lado de un genio. A pesar de todos mis sufrimientos ha sido una experiencia interesante.» Todo esto me lo decía con una sonrisa de superioridad. Ahora vive del recuerdo. «No ha sido una experiencia vulgar—insistía—, sino muy interesante.» Venía a consultarme por un insomnio. «¿Cómo no iba a perder el sueño si todas las noches pensaba si sería la última que pasaba con mi marido?»

Es muy fácil calificar a una personalidad así de masoquista o de histérica. Para mí la palabra «masoquista» tiene una escasa densidad significativa para explicar una estructura personal. Porque no se trata sólo del goce en el

dolor y en el sufrimiento; más bien resulta que su sufrimiento tiene algo de superficial e inauténtico. Es la experiencia de lo singular, de lo invulgar a sus propios ojos, lo que aprecian. En esta «no vulgaridad» encuentra tal tipo de personalidad sus títulos de nobleza. Es la nobleza de lo interesante, que la tiene, como también en cierto modo la llamada «literatura del mal».

Además, el histérico—como carácter, no como enfermedad—no se distingue sólo por un afán de notoriedad y de estimación en cuanto supone la consecución de un objetivo, sino por la manera especial de vivir su afán con fruición, como goce. El espectáculo no les da muchas veces resultado y, sin embargo, ellos lo siguen representando. No es, pues, una acción con finalidad, con sentido, *sino una acción por la acción misma*. Es como un cleptómano que tira o devuelve lo robado. O como el jugador. Esta manera especial de gozar necesitaría un estudio más detenido. Su analogía con el acto gratuito es para mí evidente.

Otro gran tópico de la nueva ola juvenil es el de la autenticidad. La rebeldía ha de ser

contra una sociedad en la que las convenciones y los ritos sociales encubren una falta de sustancia y de vida. Es necesario arrancar de sí mismos, en una nueva y primaveral originalidad. Siempre los jóvenes han pensado de un modo parecido, pero ahora su pensamiento sobre la falta de valor de las generaciones anteriores adquiere radicalidad singular.

La originalidad hay que encontrarla en uno mismo. Nada es verdadero si no es auténtico. Esta misma expresión sirve para el arte nuevo y para el amor nuevo. En principio, la fórmula resulta tan seductora como un día de primavera y hay en ella un principio de renovación histórica. Pero reconocer el valor de la fórmula no nos exime de señalar sus peligros. El peligro está en llevarla a sus últimas consecuencias y en pensar que el «*porque sí*» es suficiente garantía.

Porque ese amor *porque sí* y esa pintura *porque sí* están al borde de lo gratuito, es decir, del acto sin sentido y, por tanto, del acto inhumano. El acto gratuito es un acto sin historia, que nace sólo del instante presente, que carece de la huella del pasado y de la iluminación atractiva del porvenir. Salta en corto-

circuito de una impulsión primaria, tan al borde de lo biológico, que difícilmente podemos considerarla anclada en la persona. El ser humano es historia, y lo que carece de ella ya no es humano.

S O C I E D A D S I N P A D R E

Actualmente muchos jóvenes adoptan líneas de conducta que desde el punto de vista médico calificaríamos de psicopáticas. Son hijos de familias en las que la «imago» paterna carece de poder conformador de la personalidad. Algún psiquiatra y sociólogo han hablado de «síndrome de carencia de autoridad», otros de una «sociedad sin padre». La imagen del padre supone una serie de formas perfectas del ideal del yo. Sobre este tema escribí hace unos años unos comentarios a la «Carta al padre», de Kafka, a los cuales remito al lector. Esa carencia conformadora de la imagen

paterna determina una especial fragilidad del «yo» en los adolescentes. Pero hay algunos casos—adolescentes o no—en los que la fragilidad del «yo» no es hija de la situación familiar o social, sino que está *dada*. Quiero decir que se ha venido al mundo con ella. Solamente a esos casos limitaría yo el área de la psicopatía. La fragilidad deriva de sus estructuras vitales. No hemos de olvidar que en el hombre todo es humano. Lo son sus células, sus instintos y sus estructuras vitales; pero para ser hombre cabal se necesita equilibrio, forma, disponerlo todo de manera que del hontanar surja la persona.

¿Y la madre no es conformadora de la personalidad? En los últimos tiempos los trabajos de Benedek y Spitz han insistido mucho en los caracteres de la simbiosis madre-hijo. Su lenguaje recuerda al de los biólogos que han estudiado el fenómeno desde otro punto de vista, como Portmann. La vida del recién nacido cursa según el ritmo sueño-tensión (necesidades-gritos-satisfacción-gritos-sueño). Este proceso cursa un poco ourobóricamente, sin que vaya acompañado del reconocimiento de la realidad del mundo exterior. Poco a poco

empieza la diferenciación del «yo» como centro interior y el reconocimiento del mundo externo. Y así se logra la separación de la persona del mundo exterior. Para que tal diferenciación tenga lugar hay que aceptar que es necesaria una cierta frustración. Cuando la frustración se hace bajo el amparo materno la intensidad y duración de las tensiones displacenteras disminuye y se hacen más soportables. En el niño nace la experiencia de que las fuentes de malestar—hambre y dolor—están en sí mismo y, en cambio, la satisfacción está fuera de él. Así adquiere el niño el sentimiento de confianza primario que supone una protección emocional facilitadora del aprendizaje de lo que las diversas experiencias perceptivas y motoras transmiten al «yo». El «yo» se fortalece apoyado en la madre por la confianza que le crea. La esperanza en el futuro en este sentido se realiza sobre la base de la confianza. El «yo» en pleno desarrollo se siente capaz de esperar en el futuro. Confianza y esperanza disminuyen la frustración y las tensiones interiores.

Spitz hizo hace unos años la observación de que los niños criados en un orfanato en los

que las condiciones higiénicas más perfectas pretendían sustituir al amor materno se desarrollaban peor física e intelectualmente. Estos y otros trabajos han producido cierta tendencia a la simplificación de tal manera que se llega a afirmar que las alteraciones de la juventud actual, incluso la delincuencia juvenil, proliferan según que el niño se haya encontrado o no envuelto en el calor materno en las primeras fases de su desarrollo. Hablar hoy en día de la «privación afectiva» es lo mismo que hace unos años de las vitaminas. Es más, tales simplificaciones no corresponden a la realidad. Tan es así que recientemente la OMS, cuya primera difusión de «Los cuidados maternos» en 1951 fue extraordinaria, se ha visto llevada a publicar una revisión en la que las consecuencias que saca son mucho más matizadas. Se llega en esta última a afirmar: «No se puede confiar mucho en publicaciones sobre presentación de síntomas, incluso en casos de traumatismos afectivos extraordinarios.» En muchos casos hay que tener en cuenta no sólo la influencia traumatizante de la separación de la madre, «sino también

la salud física del niño, su capacidad integradora y otras cualidades del yo».

En definitiva, si bien es verdad que la personalidad se conforma en el curso de la vida, también lo es que tal formación se hace a partir de un núcleo autónomo, el «yo». Porque este núcleo existe es por lo que cada uno de nosotros es no sólo individuo, sino persona.

EL PROYECTO VITAL

El proyecto vital que cada uno tiene inserto al venir al mundo es sólo un haz de posibilidades. Unas se realizan y otras no. En cualquier caso, la persona madura atravesando las diversas fases que constituyen la vida misma. El avance hacia la vejez nivela. La juventud pone en liza, dentro de la aventura humana, las diversas características personales, como un proceso de prueba de sí mismo. Que en la vida humana hay un «nosotros», es evidente, y eso es lo que para mí quiere decir que hay influencias externas en la formación de la personalidad. Todo se integra en cualquier pro-

yecto existencial, aunque tengamos como *dados* factores anómalos en la personalidad.

Es cierto que en el hombre lo aparente es la conducta, pero es necesario ahondar. La conducta nos aparece como cristalizada, y antes de llegar a la cristalización se ha ido generando. El error del psicoanálisis consiste en encubrir lo que de dado y, por tanto, también lo anómalamente dado hay en todo ser. Que lo dado se desarrolla por caminos distintos en cada caso, según el juego de la vida, es evidente. Cuanto más anómalo es lo dado, más fijo resulta el proyecto vital, menos juego interno tiene. En definitiva, tiene menos libertad interior. La limitación de las posibilidades es análoga en su estructura a la que produce la enfermedad—psíquica o somática—. La enfermedad es, fundamentalmente, pérdida de libertad.

En otra parte de este libro he citado ya la frase de Scheler, «el hombre es el único animal capaz de decir que no». El decir «no» supone tomar distancia del mundo y, por tanto, ser capaz de tener una relación objetiva con él. En una palabra: toda frustración es constructiva.

Esta dinámica tiene una clave sencilla y eterna. El hombre busca en su realización el camino medio entre su animalidad y su espiritualidad. Las frustraciones de por sí no son malas, incluso diría que son necesarias para que el «yo» se edifique. La delicuescencia de la vida instintiva necesita *tomar forma*. Los instintos no son inmodificables. Frente a ellos se establecen los llamados mecanismos de defensa para tratar de integrarlos al «yo». Recientemente admiten algunos autores la posibilidad de existencia de algunos prototipos defensivos fisiológicos anclados en el hombre, aunque haya otros que se establezcan por la influencia del medio. Es decir, se viene al mundo con una determinada configuración personal independientemente de que ésta se enriquezca o se empobrezca en el curso de la vida. No todo viene, pues, de fuera. No todo es psicogenia, aunque todo sea desarrollo de la personalidad.

En la formación de la personalidad es muy importante el *proceso de identificación* que se apoya en diversos mecanismos: uno es el de la simple imitación de gestos y actitudes; otro consiste en la asimilación de la persona-

lidad de otros a través de la *internalización*. La acción de los padres es unánimemente reconocida como importante para que el niño se desarrolle normalmente. Vivir en una atmósfera angustiosa, es absorber angustia. Unos padres angustiados e inseguros pueden contribuir a la inseguridad de sus hijos. Incluso llegar a ser motivo de inhibiciones intelectuales de retrasos en el desarrollo y de dificultades escolares.

La identificación aparece en fases muy precoces del desarrollo infantil. Consiste en la tendencia a conformar el «yo» de manera análoga a la imagen del mismo que tome el propio sujeto. En el proceso de identificación las cargas afectivas del sujeto se separan de él, y mediante el proceso de introyección resultan asimiladas al «yo». De esta manera toma forma el yo y se forma el carácter. Un caso específico del proceso de identificación está constituido por la formación del «superyo», en cierta forma la conciencia moral. Es cierto que en el «superyo» intervienen las peculiaridades individuales de los padres y de los educadores, pero no hay que olvidar las *disposiciones hereditarias del niño*. De tal ma-

nera que la formación total de la personalidad resulta de la acción mutua entre ambas.

Para poder valorar hasta qué punto han sido decisivos los factores personales y los ambientales hay que comparar lo ocurrido con otros niños crecidos en el mismo ambiente. La actitud de los padres puede no ser igual en unos niños que en otros, y en realidad siempre es distinta, pero esto no quiere decir que necesariamente haya sido inhibidora o castradora sólo con los niños neuróticos. A veces ha ocurrido precisamente al revés.

Resulta curioso que en las descripciones sobre el desarrollo de la personalidad infantil se escamotea lo que podríamos llamar «fase metafísica». Algunos niños son más sensibles que otros a su problemática interior y las expresan a veces con frases que tienen una gran belleza literaria. Una fase metafísica muy evidente ocurre entre los tres y los cinco años. Los niños hablan de la luna, de las almas de los guerreros vencedores, de la culpabilidad, de la muerte, etc. Recuerdo que una niña de cuatro años decía: «Los soldados que mueren en la guerra no mueren del todo porque en el cielo los curan los angelitos.» Rilke hablaba

de su certeza interna sobre los ángeles que le rodeaban durante su enfermedad. Estas y otras expresiones son eco de las mil cosas diversas en las que se expresa la sed de trascender la personalidad. ¡Aún no está formada y ya está trascendiendo!

Es ya conocida la influencia del «nosotros» en la formación de la personalidad. En la fenomenología actual adquiere una gran importancia el descubrimiento del «tú». Los trabajos de Martin Buber son bien conocidos. Pero este «tú» no es sólo el de las otras personas que viven en el mundo, sino el extra-mundo. «Para que yo sea yo, yo digo *tu*.» El yo del hombre se realiza en el acto de pronunciar las dos palabras *yo* o *tú*. «La palabra primera yo-tú sólo puede ser pronunciada con todo el ser; la palabra primera yo-objeto nunca puede ser pronunciada con todo el ser.» Lo importante no es el establecimiento de las «relaciones de objeto», podríamos decir siguiendo el vocabulario psicoanalítico, sino el modo en que el «yo» establece esa relación con lo que le rodea. La relación con el mundo objetivo se hace «en» el hombre y no entre él y el mundo. Por eso es subjetiva,

ya se vierta en conocimiento, acción o sentimiento, *pero nunca es mutua*. Tal mutualidad sólo se establece con un *tú*. En sí es inefable. (Buber).

La inefabilidad habla de la apertura del yo en el momento en que está constituyéndose; incluso lo que en el vocabulario psicológico habitual se llama instinto epistemológico asienta ya en tal apertura. El estudio de las «fases metafísicas» de las que he hablado merece más atención de la que les ha prestado hasta ahora la psicología infantil.

El niño y el adolescente se hallan en el centro de la atención de la sociedad contemporánea. No podía ser de otra manera en una sociedad que bombardea con estímulos nuevos a nuestros hijos, que leptosomatiza su figura, que les amplía su campo receptivo y les disminuye su densidad hasta producir nuevos tipos de desarreglos de la personalidad que tan justamente preocupan a psiquiatras y a sociólogos. Es la misma sociedad tecnificada que nos exige nuevas perspectivas frente a los problemas educativos y universitarios. Todo ello en torno a una realidad mítica de los tiempos nuevos: *el hombre del siglo XXI*.

de los servicios de asistencia social y de
 atención a la infancia en el municipio de Madrid.
 El presente informe tiene por objeto informar
 al Ayuntamiento de Madrid de los resultados
 obtenidos en el desarrollo de las actividades
 de este departamento durante el año 1985.
 El informe está dividido en tres partes:
 1. Situación general de los servicios.
 2. Actividades realizadas.
 3. Conclusiones y recomendaciones.
 En primer lugar se describe la situación
 general de los servicios de asistencia social
 en el municipio de Madrid, señalando los
 principales problemas y necesidades.
 A continuación se detallan las actividades
 realizadas durante el año, clasificadas por
 áreas de intervención: atención a la infancia,
 atención a la vejez, atención a la discapacidad,
 etc. Se describen los proyectos ejecutados,
 los recursos utilizados y los resultados
 obtenidos. Finalmente, se presentan las
 conclusiones y recomendaciones para el futuro.

REIVINDICACION DEL ESFUERZO

El lema roussoniano del hombre naturalmente bueno ha llevado en el mundo moderno a alzaprimar la espontaneidad en la educación de los jóvenes y a olvidar que sin esfuerzo ninguna obra fue hecha, salvo la Creación.

La gloria del mundo moderno se cifra, indudablemente, en las conquistas técnicas. El hombre actual se siente dueño del mar, la tierra y el espacio como jamás pudo sentirlo ninguno de sus predecesores. Y esta posesión ha despertado en él, de un modo vehemente, la soberbia del dominio.

Todavía más que estas conquistas, le satisfa-

ce el modo fácil de haberlas logrado. Ford dijo: «El trabajo que yo exijo a mis obreros para construir un automóvil no es mayor que el que emplean en colgar sus ropas de la percha». La meta del maquinismo moderno estriba en arrancar al hombre del imperativo bíblico de ganar el pan con el sudor del rostro, en suprimir el esfuerzo. Las utopías maquinistas que nos lanzan autores más o menos ingeniosos, pero radicalmente desconocedores de la naturaleza humana, convergen en la misma imagen: una ciudad transparente y fría, donde los hombres se trasladen de espacio sin andar, donde las necesidades se cubran empujando suavemente taumatúrgicos botones y donde las mujeres paran sin dolor.

Este es el término ominoso de una especulación racionalista sobre el destino del hombre. Pero el hombre de carne y espíritu se siente aterido en aquella ciudad de utopía. El hombre actual se siente terriblemente angustiado e insatisfecho en su panorama de ruedas, motores de reacción y nubes atómicas. Porque las máquinas, que nacieron engendradas por él para ser sus servidoras y, en todo caso sus amigas, se han vuelto sus enemigas.

Las máquinas desplazan al hombre del trabajo y condenan a la inacción a millares de operarios. A los demás, a los que todavía pueden trabajar, les absorben en esa complejidad gigante de las grandes fábricas y les convierten en una rueda o en un pistón más. En una palabra, les despersonalizan.

El hombre moderno se ha privado de hacer esfuerzo a un precio de sangre: al de su propia personalidad. Tan en hombre «standard» se ha convertido que hasta en su sufrimiento no ve algo personal, íntimo, el del dolor que regenera, sino el sufrimiento común, en masa, lleno del resentimiento de los condenados a galeras.

En unas huelgas que tuvieron lugar en París se puso de relieve un hecho de gran valor simbólico. Cuando se declararon en huelga los operarios cinematográficos fue fácil su sustitución por un voluminoso contingente de voluntarios, que se prestaron a ello. En cambio, cuando vacaron las fábricas de pan no ocurrió otro tanto y el Estado vióse en la necesidad de recurrir a los servicios militares para poder abastecer de pan a la ciudad. Y no sólo en la gran urbe se solucionó el problema de esta

suerte, lo mismo ocurrió en los pueblos cercanos. El hombre moderno está tan ligado a la técnica que ha perdido la capacidad para resolver por sí solo sus problemas más elementales. Vive como en un clima artificial, y de su horizonte psicológico ha desaparecido la cuesta del esfuerzo personal, de saber por sí mismo, de crear por sí mismo. Por ello ha perdido su moral, su estilo y su forma.

Un mundo nuevo surgirá y éste ha de ser uno de sus temas fundamentales. La tarea histórica de nuestras generaciones consiste en devolver al hombre su dignidad perdida entre los ringleros del hombre viejo. Pero ello no supone —solución de arbitristas— la vuelta a los modelos de épocas anteriores a la aparición de la técnica. No hemos de abandonar las conquistas de la técnica moderna, sino sujetarlas, ponerlas otra vez al servicio del hombre de carne y espíritu del hombre nuevo.

Desde el punto de vista general la tarea es compleja. Desde el personal, también. Señalemos tan sólo un punto: la *reivindicación del esfuerzo*. El hombre nuevo ha de vivir en tensión constante, perenne. Cuando le falten las dificultades en su contorno, las ha de encon-

trar en sí mismo, en esa necesidad vital, entrañable, de ser más perfecto, que siente todo hombre cuando no se degrada en la molicie y se disuelve en una quietud conservadora.

El esfuerzo es, en definitiva, lo heroico en la vida cotidiana. El heroísmo, la altivez, la forma, el eje diamantino que se necesita para no caer víctima del desaliento en ningún momento de la vida privada o política, por muchas que sean las amarguras que ésta nos traiga. No amamos lo que nos viene en suave comodidad, sino en duro esfuerzo y dolor.

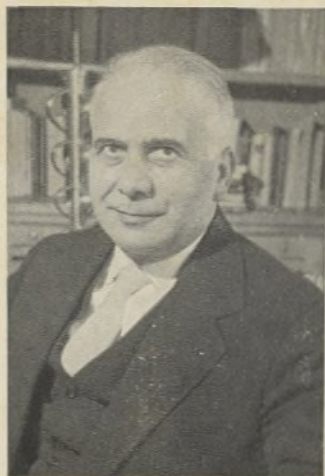
El hombre moderno quiere ahorrar esfuerzo mediante la técnica. El resultado ya se ha visto: se ahorra esfuerzo creando otros. La dignidad de la vida humana nos viene dada por las obras y los días, por su temporalidad. El hombre cabal no ahorra esfuerzo aun sabiendo que un día va él a desaparecer, porque sabe que su vida no habrá pasado sin dejar huellas, por minúsculas que sean, y si tiene la suerte de creer, porque espera que su esfuerzo no sea baldío.

INDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO SOBRE LA FORMA Y EL ESTILO	11
REBELDES	15
UN NUEVO PLACER	25
RENUNCIANDO AL FUTURO	33
GENIOS ANALFABETOS	43
EL HOMBRE Y SU MÁSCARA	51
¿TIENE VICENCIA HISTÓRICA EL HOMBRE-MASA?	59
MULTITUDES Y MINORÍAS	67
EL SACRIFICIO DEL RINOCERONTE	85
LA CUESTIÓN SEXUAL	91
LO INTERESANTE	97
SOCIEDAD SIN PADRE	103
EL PROYECTO VITAL	109
REIVINDICACIÓN DEL ESFUERZO	117

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN SELECCIONES GRAFICAS, MADRID,
EL DIA 11 DE MARZO DE 1966

ESTOY EN EL MUNDO DE LA VIDA
Y EN EL MUNDO DE LA MUERTE
Y EN EL MUNDO DE LA VIDA



JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR es catedrático de Psiquiatría y Psicología Médica en la Facultad de Medicina de Madrid. En 1932 obtuvo la cátedra de Medicina Legal en Santiago de Compostela y, posteriormente, la de Psiquiatría en Salamanca.

Ha pronunciado conferencias en varios países y ha tomado parte como ponente en distintos Congresos de Psiquiatría.

Es académico de la Real Academia Nacional de Medicina, de la Academia das Ciências de Lisboa, de la Academia Argentina y de la Academia Venezolana. Doctor «honoris causa» de la Universidad de San Marcos de Lima.

Ha publicado: *Lo vivo y lo muerto del psicoanálisis* (1933); *Discurso a los universitarios españoles* (1937); *Neurosis de guerra* (1939); *Epilepsia genuina* (1941); *La agonía del psicoanálisis* (1945); *Los problemas de las enfermedades mentales* (1948); *La angustia vital* (1950); *El español y su complejo de inferioridad* (1953); *El descubrimiento de la intimidad* (1955); *Lecciones de psicología*, T. I (1957), T. II (1961); *Rasgos neuróticos de nuestro tiempo* (1964); *La aventura humana* (1965).

Rebeldes es el tema de la juventud actual, de sus problemas y de su postura anticonformista. En torno a este motivo original, el Dr. López Ibor aborda otros problemas vivos para el lector de hoy: la velocidad, la renuncia al futuro, la hipocresía, la masa, el individualismo, la cuestión sexual. Y lo que en cada instante se desprende de las luminosas páginas de esta obra es el más sano optimismo. Porque, como el autor señala, la dignidad de la vida humana nos viene dada por las obras y los días, por su temporalidad. El hombre cabal no ahorra esfuerzo aun sabiendo que un día va a desaparecer, porque sabe que su vida no habrá pasado sin dejar huellas, por minúsculas que sean y, si tiene suerte de creer, porque espera que su esfuerzo no se baldió.

à López

20

JUAN JOSE LOPEZ IBOR

ayuntamiento de Madrid

100 de 100